

mundo gráfico

Miércoles, 12 de Agosto de 1936
DIRECTOR:
Luis González de Linares



Director honorario:
José L. Campúa
AÑO XXVI

**Un documento gráfico de la toma del
Ayuntamiento de un pueblo de la Sierra**

Las Milicias populares entrando heroicamente, a paso de carga, en el viejo caserón
que ocupaban los rebeldes

(Fot. Piortiz)

Número 1293
Hermosillo, 73
Apartado 571
MADRID





Figuras del momento, por Bayo

Arriba de izquierda a derecha: Indalecio Prieto y Largo Caballero

Abaixo, de izquierda a derecha: El general Castelló y Martínez Barrio





Escenas del momento

Arriba: Un coche blindado del Gobierno batiendo las fuerzas rebeldes

Abajo: Una miliciana cosiendo a su compañero los galones de cabo

(Fots. Piortiz)





¡Qué angustias sufrían todos los vecinos de estas casas para pagar al casero!
(Fot. Video)

LOS QUE YA PODRAN PAGAR AL CASERO

Cómo hablan, después de la rebaja de los alquileres, los inquilinos de Madrid

ESTE mes, los inquilinos más modestos de las fincas urbanas han pagado al casero la mitad exactamente de lo que venían pagándole por la casa. O de lo que venían dejándole a deber. Porque eran muchos los vecinos que adeudaban varios meses del alquiler a los propietarios de las fincas que habitaban.

La casa—para tantas familias apenas una techumbre bajo la que hacinarse—representaba una cuarta parte, un tercio, del producto del trabajo de todo un mes. Para el empleado, para los hombres de las profesiones liberales, como para el jornalero. Para el pueblo y para la clase media, que es una parte del pueblo también.

Los porteros saben bastante de estas dificultades económicas de los inquilinos para «pagar la casa».

—El que menos de los que viven en la finca —dice la portera de una de estas casas modernas, con baño, ascensor y calefacción, cuatro habitaciones y la cocina, por veintiocho o treinta duros—lleva un recibo «atrasao». Y a ver qué va a hacerle el amo. ¡Si es que no pueden! Además, no va a ponerles los trastos en la calle a todos!

Por eso, pocas disposiciones ministeriales como el decreto rebajando los alquileres modestos en un cincuenta por ciento, habrán levantado un tan expresivo sentimiento de satisfacción popular. Porque es que con este decreto, hasta los mismos caseros pueden salir beneficiados si cobran ahora ese cincuenta por ciento de la renta que antes en un ciento por ciento dejaban de cobrar.

La rebaja en una casa burguesa

La familia que ocupa el cuarto izquierdo del piso principal de esta casa de «clase media», en el barrio de Argüelles, la constituyen un matrimonio y cuatro hijos. De éstos, los dos más pequeños, de siete y nueve años, respectivamente, cursan sus estudios primarios en un Grupo escolar. Otro, de doce años, asiste al Instituto. El mayor, que cursaba el Bachillerato, tuvo que dejarlo en el cuarto año para colocarse en una oficina de la Gran Vía y ayudar a la economía doméstica con su retribución de doce duros mensuales.

—Porque—explica su madre—sólo con el sueldo de mi marido no podíamos vivir. El cuarto se nos llevaba treinta y un duros. Y mi marido gana cuatrocientas pesetas. Pagada la casa, nos quedaban doscientas cuarenta y cinco pesetas para comer, vestir, la luz, la lavandera, la sirvienta...

Ahora, gracias al decreto que rebaja el precio de los alquileres de fincas urbanas, la administración de esta familia será mucho más fácil.

—¿Pero cree usted que cuando el Gobierno haya logrado vencer a los rebeldes y todo vuelva a la normalidad quedará subsistente esa rebaja?—pregunta, desconfiada, la señora.

Ella ha echado sus cuentas. Con los quince duros y medio que ahorrará de la renta de la casa cada mes tendrá para comprarles calzado a los cuatro chicos, y para renovar, cuando sea necesario, el equipo de ropa interior al marido. Y para comprarse ella un par de medias.

—Los caseros han abusado siempre de los inquilinos—apunta como un razonamiento en defensa de la subsistencia del decreto. Y acaso piensa, mientras tanto, «que ésta era la revolución que había que hacer». Y que en las elecciones venideras ella y su marido les darán a las izquierdas el voto. Aunque en las elecciones pasadas se lo dieron a las derechas. Pero es que no sabían que las izquierdas iban a rebajarles el cuarto.

Un cuarto que renta cinco pesetas

En la calle de la Ventosa, 24, un caserón profundo con más de trescientos vecinos, la publicación del decreto por el que se rebaja en un cincuenta por ciento el coste de los alquileres ha producido un júbilo estridente y tumultuoso. Puños en alto, la vecindad vitorea clamorosamente a la República. Y eso que la rebaja



Un grupo de vecinos, a quienes ha llenado de alegría el decreto sobre los alquileres

para estos inquilinos modestísimos apenas si significa un ahorro mensual de cinco pesetas. Porque en la calle de la Ventosa, 24, los cuartos rentaban cuatro, tres y hasta dos duros.

—Aun así, se veía una negra *pa* pagar la renta—dice una de las vecinas—. ¡A ver! Con el cónyuge en el hospital, y sin más avío que cuatro pesetas de jornal del *peque*...

En la casa hay cuartos que tienen hasta su balcón a la calle y rentan veintidós pesetas. Pero éstos son los cuartos «ricos». En el interior hay otros de diez y ocho, de catorce y hasta de nueve pesetas, que de ahora en adelante le rentarán al propietario nueve, siete y cuatro cincuenta, respectivamente. Para todos ellos hay un solo *water* en cada piso. Pero los cuartos presentan un aspecto limpio, cuidado, y algunos hasta con detalles decorativos de una elegancia simpática que hacen grato el hogar.

Así, el cuarto número 4 del piso tercero, en el que habita Emilia López con su marido y dos hermanos.

—Aquí, holgura no habrá; pero limpieza... Mire *usté* ahí la ropa—dice—. Ahora mismo vengo del río.

¡Limpia! Oliendo todavía a jabón verde y a viento y a sol.

—Puede *usté* mirar por donde quiera. Las camas, los rincones, los techos... ¡Pues bueno fuera que el cacho de vivienda que una tiene estuviera pringando!

Emilia López cruza bizarramente los anchos brazos poderosos sobre el vientre prominente y henchido.

—¡Con lo que cuesta este cacho de vivienda, además!

Hasta hoy, pagó por el cuarto 18 pesetas. Más pronto o más tarde; pero siempre sin quedarse at asada en un mes.

—¡Y he tenido que hacer juegos de manos! ¡Que si se trabajara en *too* tiempo...! Pero mi marido es albañil. Y entre que si no hay tajo, y que si, cuando lo hay, ha llovido tres días en la semana, es que llega el jornal el sábado y no alcanza ni *pa* enjuagar el déficit con los proveedores. ¿De dónde va una a disponer de diez y ocho pesetas, una tras otra, sin respirar, *pa* pagar el cuarto? Así tengo de papeletas del Monte el cajón de la cómoda, que es que lo abre una y ya hasta parece que huele a orégano y tomillo. ¡Montaraz que le ha salido a una el ajuar de la casa!

Los cuartos de nueve pesetas—que ahora serán de cuatro pesetas y media—constan de dos piezas y una cocinilla en un rincón. En alguno de ellos habitan hasta tres personas, que, hábilmente acomodadas, encuentran resuelto el pro-

blema de la vivienda por quince céntimos, cinco céntimos por persona, cada día.

Los que debían veinticuatro duros por el alquiler de todo un año

Cuartos a nueve pesetas que los inquilinos no podían pagar. Con la portera de la calle de la Ventosa, 24, no es fácil entenderse. Pese a toda su buena voluntad para comprender.

—¿Cómo? ¿Que si viven muchos?

Y acerca su oído derecho al que pregunta, deseosa de entender lo que se preguntó.

—Que si «deben» mucho.

Pero hay que repetir la pregunta hasta cinco veces. Hasta que, al fin, si no logra oír, logra adivinar.

—¡Ah! ¿Que si deben mucho? ¡Hum! Mucho. Hay inquilinos que deben un año, ¿sabe *usté*?

Y un año son menos de ciento veinte pesetas.

Pero los propietarios de estos inmuebles, los caseros de estas fincas de rentas de menor cuantía, se duelen de que sea precisamente a ellos, en su mayor parte también modestos rentistas,

a los que la medida del Gobierno viene a gravar en su hacienda. El interés público—dicen—ha de estar por encima, en todo caso, del interés particular. Ellos no se resisten a acatar las disposiciones del decreto. Pero entienden que en igual medida debería obligarse a los propietarios de fincas de renta más cuantiosa a sacrificar el cincuenta por ciento de sus alquileres a beneficio del interés general. Si en los alquileres hasta doscientas pesetas la rebaja favorece al inquilino necesitado, en los de más alta renta, ¿por qué la rebaja del cincuenta por ciento no había de quedar a favor del Tesoro, hoy más que nunca en situación de obtener crecidos ingresos extraordinarios?

Mientras tanto, las clases populares, los pequeños sueldos y el jornal, releen hasta poderlo repetir de memoria el texto del decreto, que es, para sus angustias de inquilinos oprimidos, una liberación. «En Madrid, a 2 de Agosto de 1936.—Manuel Azaña. El presidente del Consejo de Ministros.» Así hasta el pie. Y luego, un sonoro viva a la República.

JOSÉ ROMERO CUESTA



—¡Vaya, así tendremos menos miedo a los fines de mes!— dicen las vecinas con gran satisfacción (Fots. Videal)

Juan Ramón Jiménez y su esposa han instalado un piso para atender a doce chiquillos abandonados

JUAN Ramón Jiménez y su esposa se ofrecieron hace unos cuantos días a los correspondientes organismos oficiales para hacer algo en favor de los chiquillos que ahora quedaban en Madrid desamparados por estar sus padres en el frente, por haberse tenido que marchar de su pueblo de residencia o por haberse interrumpido la vida en el convento en que iban formándose.

El poeta pensó que lo mejor que él podía hacer era atender directamente a unos cuantos de esos niños. Así lo hicieron su esposa y él. Alquilan un piso en la calle de Velázquez, instalaron en él, ofrecidas por algunos vecinos de la casa, unas cuantas camas infantiles. Dos mesas pequeñas, unas sillas y los útiles de cocina. Quedó así montada la residencia, sencillamente, improvisadamente, pero con esa íntima y suave emoción de hogar—trato directo sobre los chiquillos—que inútilmente quieren tener las residencias a base de muchos niños, en las que no es posible una acción tan directa y constante sobre los muchachos.

Doce chiquillos reciben asistencia en este piso ahora alquilado para este fin por Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez. Doce chavales entre los cinco y los ocho años. Sólo uno tiene menos edad: Paquito García Abril. Dos años, un rostro mofletudo y un aire tranquilo y pacífico. He aquí los nombres de los otros once: José Nebrera Álvarez, Joaquín y Antonio Castillo Martínez, Jesús Álvarez Fernández, Juan Sanz Vallejo, Alfonso López Irazusta, Enrique Hernández Berguizez, Narciso Hernández Conde, José Antonio de la Fuente, Luis Alpanseque Martín y Manuel Colina Jiménez.

Juan Ramón Jiménez me va enseñando el piso alquilado para recoger a estos chicos. Paredes blancas y desnudas, un comedor con dos mesas pequeñas, tres dormitorios, el cuarto de baño, en que la esposa del poeta, ayudada por algunas amigas, va bañando de dos en dos a los chavales. Sobre los muebles del comedor hay algunos juguetes.

En el piso los chicos sólo duermen y comen. El resto del día lo pasan en el jardín de un palacio incautado ahora por el Estado, y situado en la misma calle de Velázquez, exactamente frente a la casa. Un jardín en sombra aun en las horas más violentas de sol, con un estanque, con unos árboles altos, con un musical temblor de pájaros. («Medita el ruisenior, las penas son más bellas,—y sobre la tristeza florece la sonrisa», escribió un día el propio Juan Ramón Jiménez).

Los chiquillos comen a las doce y cenan a las siete. Se bañan antes de comer, y por la tarde, tras de la comida, hacen un poco de reposo. El resto del día, corriendo y jugando por el jardín. *Maillots* verdes y azules, caras soleadas, piernas infatigables sobre la arena. Cerca de ellos, la compañía afectuosa de Juan Ramón, de su esposa, de las amigas que les ayudan en la noble tarea. Palabras comprensibles para ellos, que vayan formando su sensibilidad y su inteligencia, que vayan siendo surco para el aprendizaje y la enseñanza de más tarde. Cerca de doce niños, esta labor se puede realizar eficazmente, con un resultado incomparablemente mejor que en una de esas enormes bandadas de chicos que hay en otras residencias. Esta ahora instalada por Juan Ramón Jiménez es como un hogar. Una casa de familia numerosa e improvisada, en que se puede conocer el nombre y el espíritu de cada uno de los niños.

Sencillamente, silenciosamente, con esa honda sencillez y ese silencio luminoso que son toda su vida y toda su obra, ha creado Juan Ramón Jiménez esta residencia, alegre, bella e íntima. Sin gestos espectaculares, sin retórica. Mientras los chiquillos vuelven, en dos grupos, del jardín y empiezan a bañarse, cerca ya de las doce, el escritor va poniendo la mesa de los doce muchachos. Sobre el blanco mantel, la mano pálida del escritor pone el plato, el vaso, la cuchara, la servilleta. No puedo ver sin emoción la escena. Esa mano que lentamente, cuidadosamente, está preparando la mesa de doce chiquillos desvalidos, es la misma que trazó la emoción magistral de *Platero y yo*.



Los chiquillos están todo el día, salvo a las horas de la comida, en el jardín



Los juegos de los chiquillos junto al estanque

(Fots. Videal)

J. M. A.

LOS HEROES POPULARES

III

Las tres heridas de un miliciano de la Juventud Unificada

EN uno de los frentes de la Sierra, donde tantos milicianos se han destacado de modo brillante por su arrojo, cayó herido el soldado popular Arturo de la Rosa, perteneciente a la Juventud Unificada.

Desde el mismo sábado 16 de Julio, en que se inició la sublevación militar, está el joven miliciano al servicio del Gobierno de la República. Fueron aquellas en que la rebelión se iniciaba unas horas angustiosas, de hondo dinamismo organizador, durante las cuales la Juventud Unificada—destacada por su heroísmo desde el primer momento—, sin perder la serenidad, trabajó de modo incansable y certero por lograr la conjuración del peligro de aquellos momentos. Corrían los más encontrados rumores, las más opuestas y absurdas profecías, lanzadas a volar por los que también en la retaguardia ejercen su ofensiva de «paqueo» fabricando y echando a volar el rumor, y los jóvenes milicianos, con un estupendo sentido de guerrilleros eficaces, adoptaron una serie de medidas que más tarde, en el momento oportuno de su ejecución, ofrecieron un magnífico resultado.

Con la Juventud Unificada—nervios de acero, arrojo reflexivo, decisión inquebrantable de vencer—estuvo Arturo de la Rosa desde el primer momento. La noche de aquel sábado inolvidable y todo el día siguiente los pasó el joven miliciano acuartelado en la Casa de Campo, a la expectativa de los acontecimientos que ya se iniciaban y que luego habrían de cristalizar plenamente en la sublevación de algunos cuarteles de Madrid, en la mañana del lunes. A sofocar uno de aquellos focos acudió Arturo de la Rosa enrolado en un batallón de Milicianos formado por la Juventud. Fueron aquellas seis horas de combate peligroso, de lucha heroica, sin un desmayo, hasta lograr la rendición de

los cuarteles del Campamento de Carabanchel. Luego, dominado aquello, el soldado popular partió para la Sierra, en uno de cuyos frentes, en la línea de mayor peligro, ha sido herido hace pocos días por tres balas de ametralladora.

* * *

Todo esto nos lo han contado algunos camaradas y amigos del heroico miliciano, porque él, a quien hemos ido a ver a su casa, donde convalece de sus heridas, no quiere hablar del asunto.

Se escuda en su deseo de pasar inadvertido, en su inapetencia de publicidad, en un propósito insobornable de quitarle importancia a su gesto y a su gesta.

—Lo que hagamos nosotros—nos dice—apenas tiene importancia, porque ésa es nuestra obligación. Es a la organización a que pertenezco a la que corresponden los méritos que podamos contraer sus miembros. Ella es la que organiza, la que ordena, la que lucha. Hable usted de la Juventud Unificada; el mío es uno de tantos casos de los que a diario ofrece en el campo de lucha esa Juventud, a la que pertenezco con orgullo.

Lo que para Arturo de la Rosa apenas tiene importancia es nada menos que todo esto, sacado del laconismo frío de un parte oficial, surcado, sin embargo, por río hondo y ancho de emoción: tres heridas graves de ametralladora: una en la rodilla, otra en el hombro izquierdo y otra en la cabeza, que necesitarán muchos días para curar definitivamente, si es que no dejan al final la impronta imborrable de una imperfección física. Tres heridas sufridas en el frente, cuando sin hacer caso de la lluvia de balas enemigas se disponía a tomar un coche con otros

compañeros, después de haber establecido un arriesgado y eficaz servicio de alambradas.

—El mejor librado fui yo—nos dice Arturo de la Rosa, insistiendo en quitar importancia a su actuación—. Dos camaradas cayeron allí para siempre. Y otros cinco fueron heridos de consideración.

—¿Recuerda usted cómo fué aquel ataque del enemigo?

—No. Caían tantas balas en aquel momento, que no pude darme cuenta del lugar de donde venían las que me hirieron. De lo que pasó después, tampoco puedo acordarme, porque hasta que transcurrieron muchas horas no recobré el conocimiento. Cuando esto ocurrió estaba ya en la sala número 21 del Hospital Provincial.

Por cierto—continúa—que ahí sí que tiene usted un motivo auténtico para el elogio, en la labor callada y magnífica que desarrollan las camaradas del Comité de nuestro Radio, dirigidas por la camarada María Aviñó, que hace unos días marchó a Zaragoza. Esas mujeres abnegadas están haciendo por el triunfo de la República, en la retaguardia, una labor tan admirable como la de los milicianos de la vanguardia.

Después de esto, el joven miliciano se escuda en un silencio que quiere hacer definitivo. Una nueva guerrilla de preguntas consigue arrancarle estas nuevas palabras:

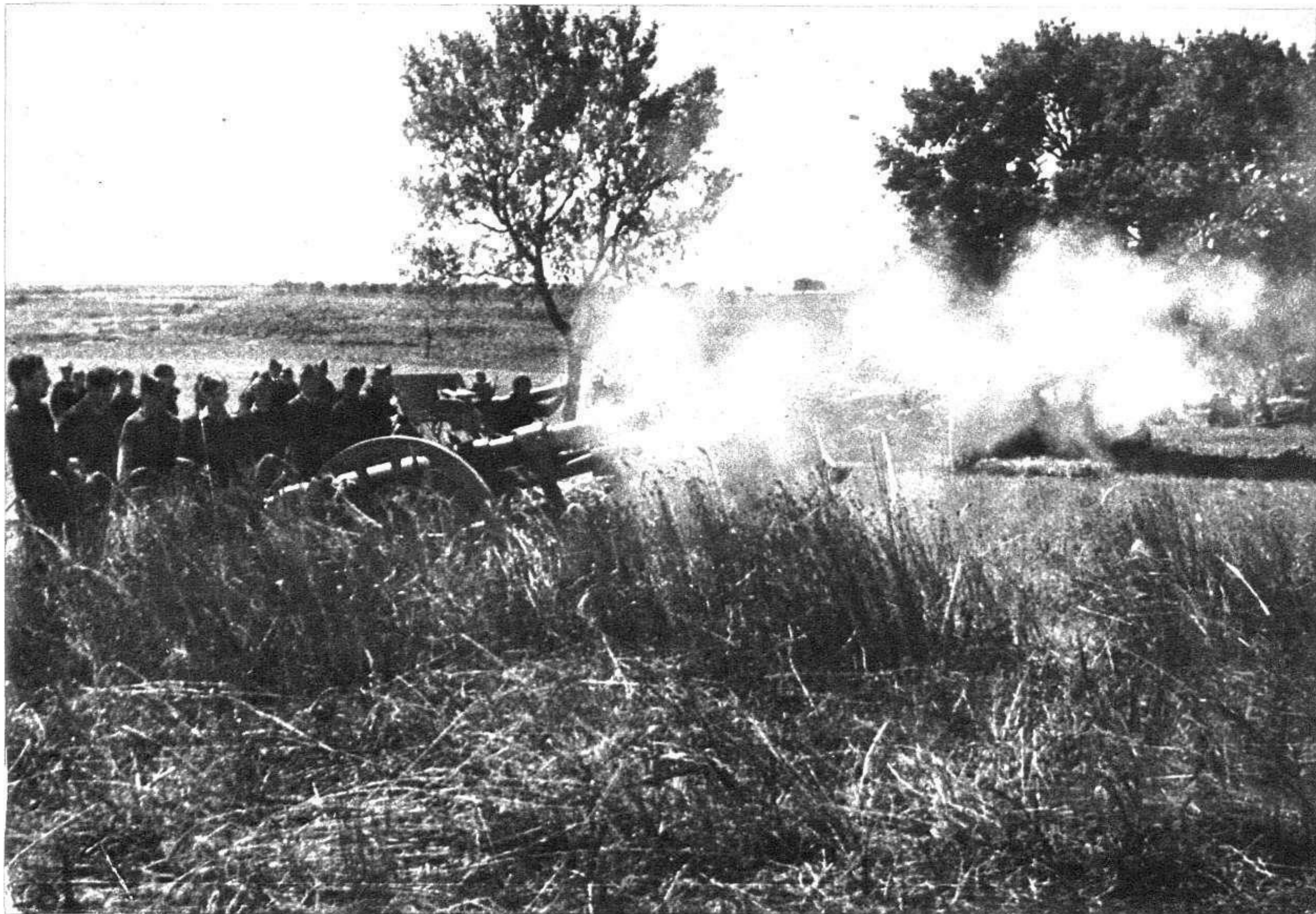
—Si por algo me duelen estas heridas es porque me impiden regresar al frente. Aun con ellas, quise, hace unos días, unirme a la columna agregada al Batallón de Acero, que partió para la Sierra; pero los médicos no me dejaron. Habrá que tener paciencia y esperar.

Y al decir esto, Arturo de la Rosa mira al fusil, inactivo en un rincón de su casa, con ojos melancólicos.



El miliciano Arturo de la Rosa, de la Juventud Unificada, hablando con nuestro colaborador

(Fot. Videal)



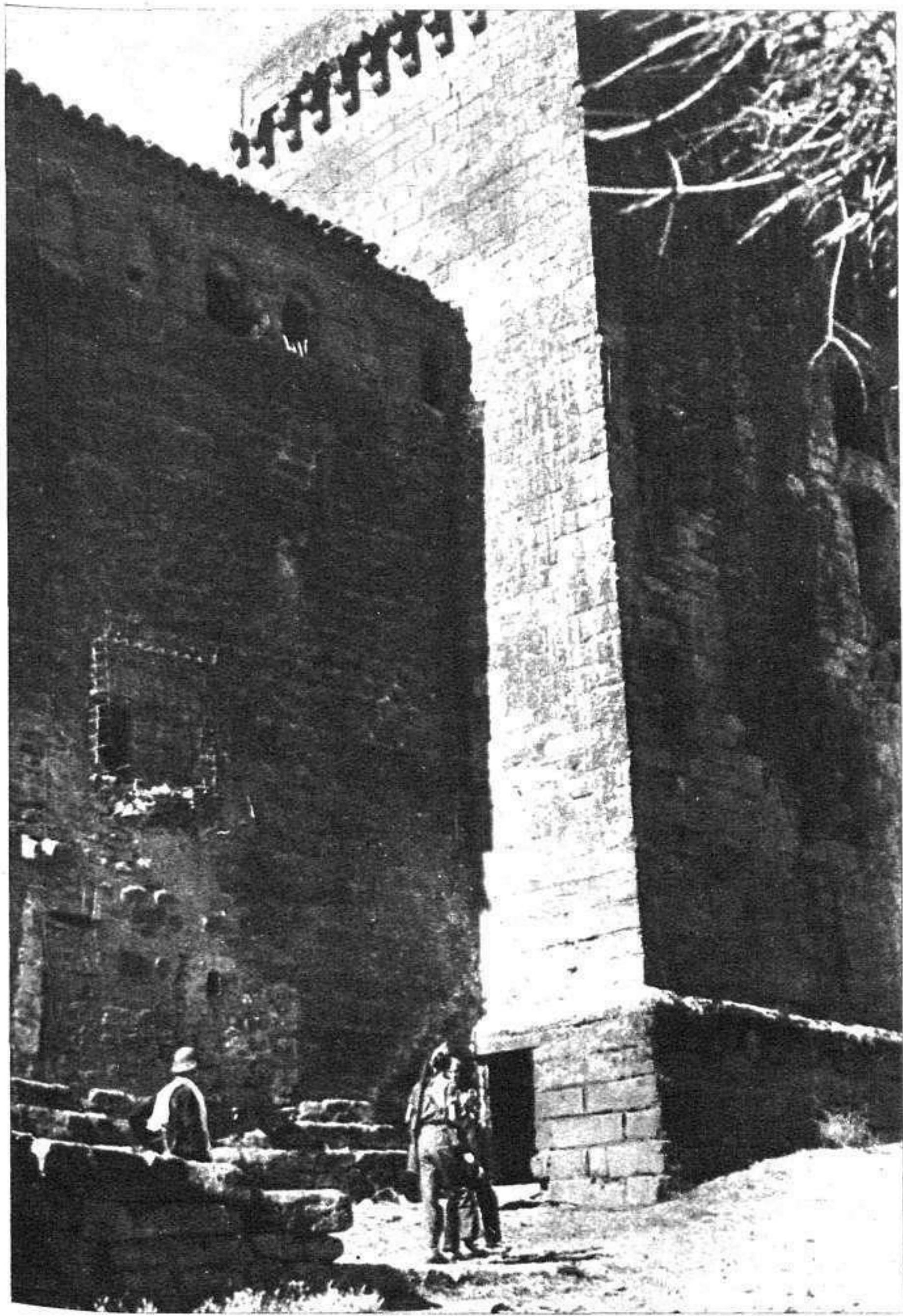
La toma de Siétamo por las tropas leales

Arriba: Las baterías del octavo ligero de Mataró, al mando del capitán Medrano, haciendo fuego sobre Siétamo, último pueblo que se halla sobre el camino de Huesca

Abajo: La entrada de las tropas leales en Siétamo. Un grupo de soldados con las municiones y ametralladoras tomadas a los sublevados

(Fots. Torrents)





La torre del histórico castillo, a la entrada del pueblo, donde se hicieron fuertes los sublevados. Después del fuego de la artillería, fué tomado por las tropas leales

La toma de Siétamo por las tropas leales



Momento de descargar una pieza de un camión de transporte a las lomas que desde el pueblo de Siétamo dominan la ciudad de Huesca



Arriba: Las baterías, al mando del capitán Medrano, tomando posición en una de las lomas que dominan el último reducto de los sublevados de Huesca.—A la izquierda: El octavo ligero de Matarró, que en estos últimos combates ha bombardeado a los sublevados y protegido el avance de las Milicias

(Fots. Torrents)



El delegado del Gobierno en la C. A. M. P. S. A., don Honorato de Castro, con su secretario, señor Delatas, el jefe de Ventas, señor Elorriaga, y el de Explotación, señor Zabala, que colaborando con el Sindicato de Obreros y Empleados han atendido a la importantísima misión de abastecer de combustible líquido a las Milicias, transportes y fuerzas leales al pueblo

La gasolina, oro líquido para el pueblo

La magnífica actuación del Sindicato de Obreros y Empleados de la C. A. M. P. S. A.

La gasolina tiene, en la vida de hoy, categoría de artículo de primera necesidad, y en la guerra, puede decirse que es el arma de máxima eficiencia. Un tanque de gasolina tiene, para una batalla moderna, tanta eficacia como la mejor pieza de Artillería. Todos los nervios del formidable organismo de la guerra se lusturan, tensan y rinden su efecto decisivo con ese oro líquido que brota en las entrañas mismas de la tierra, y es luego alimento de motores, creador de movimiento, engendrador de vida.

Sin pan se puede subsistir muchas jornadas. Sin gasolina no se puede vivir un solo día de guerra. En la trágica subversión que sufre España, el pueblo trazó desde el primer momento la pauta de lo que había de ser la contienda, templó desde las horas más dramáticas su espíritu en la esperanza de la victoria final, porque el pueblo tuvo a su disposición, con fabulosa generosidad, cantidades enormes de ese arma decisiva que es la gasolina. Con ella pudo el pueblo movilizarse vertiginosamente, acudir a todos los puntos de peligro, formar en horas un ejército ingente, nutrir las alas gloriosas de la aviación leal.

La C. A. M. P. S. A., la entidad monopolizadora de la gasolina en España, ha prestado a la causa del pueblo servicios decisivos. Desde el instante mismo del estallido de la sublevación, el Sindicato de Obreros y Empleados de la C. A. M. P. S. A. se incautó de la Compañía, haciéndose cargo de todo su mecanismo y no permitiendo la actuación de más personal burocrático y directivo que aquel de probada lealtad a la República.

Y desde entonces toda la magnífica organización popular se puso al trabajo con fervor incansable, sin límites de esfuerzo ni de jornada, al máximo rendimiento, en un titánico

alarde de civismo, de abnegación y de heroica tenacidad.

Don Honorato de Castro, alto prestigio intelectual y republicano, es el delegado del Gobierno en la C. A. M. P. S. A. El nos cuenta, con fervidos elogios para la labor del Sindicato, la actuación de la C. A. M. P. S. A. al servicio de la República.

—En los primeros momentos, de lógica confusión, se prescindió de todos los requisitos burocráticos y comerciales. El pueblo necesitaba gasolina, y se le dió sin tasa. A todo miliciano que conducía un vehículo se le facilitaba el combustible necesario sin más trámite que el de un simple vale firmado por él mismo. La motorización de las Milicias, con los millares de vehículos requisados, se hizo totalmente en muy pocas horas. El Gobierno tenía la seguridad de que no podía faltarle gasolina. Nuestras reservas en el momento de estallar la rebelión militar superaban los veinte millones de litros, cantidad suficiente para el consumo de varios meses al máximo gasto. No hubo en ningún instante preocupación por la Aviación. Tenía y tiene cuanto pueda necesitar. Al despejarse la situación en Madrid y ensancharse el núcleo de provincias leales, ha robustecido infinitamente nuestros medios, al par que la reorganización de los suministros se hace más ordenada y eficaz. Hemos puesto en circulación unos talonarios de cuatrocientos litros, que, controlados por el Ministerio de la Guerra, se entregan a las organizaciones del Frente Popular, y así se cubren de modo eficaz todas las necesidades.

Y unas palabras con Ramón Martínez, presidente del Sindicato de Obreros y Empleados de la C. A. M. P. S. A. Está en un despacho de la Dirección con otros camaradas del Comité. Está allí en su puesto de honor y de trabajo desde que empezó el conflicto. Su juventud inteligente ha asumido un esfuerzo y una responsabilidad que abrumarían al más nutrido Consejo de Administración.

—El Sindicato de Obreros y Empleados—nos dice con lacónica sencillez—ha cumplido con su deber exactamente. Esta es nuestra satisfacción. El personal de la C. A. M. P. S. A., con el alto control del Ministerio de la Guerra, se ha bastado a sí mismo para todos los servicios: aprovisionamiento de factorías, distribución, vigilancia, abastecimiento del frente, custodia de vehículos. Conductores, mecánicos, milicianos, todos los obreros y empleados y combatientes de la C. A. M. P. S. A., han rivalizado y rivalizan en servicios y lealtad a la República.

Magnífico, ejemplar ejército de trabajadores que en la retaguardia es uno de los más poderosos sostenes de la legalidad republicana. Y no sólo en la retaguardia, donde el heroísmo civil escribe sus gestas. También en vanguardia, donde los hombres se baten, estos esforzados luchadores de la C. A. M. P. S. A. dan su nota heroica, de magnífico desprecio a la vida, cuando al volante de sus tanques, repletos de combustible, se lanzan a toda velocidad hasta la primera línea de fuego para aprovisionar a sus camaradas bajo una lluvia de balas.

JUAN FERRAGUT



El presidente del Sindicato de Obreros y Empleados de la C. A. M. P. S. A., Ramón Martínez, con varios de los camaradas que al frente de la organización han prestado y prestan en todo momento una colaboración entusiasta y eficaz al servicio de la República

(Fots. Vide)

JUNIO

JULIO

AGOSTO

RE

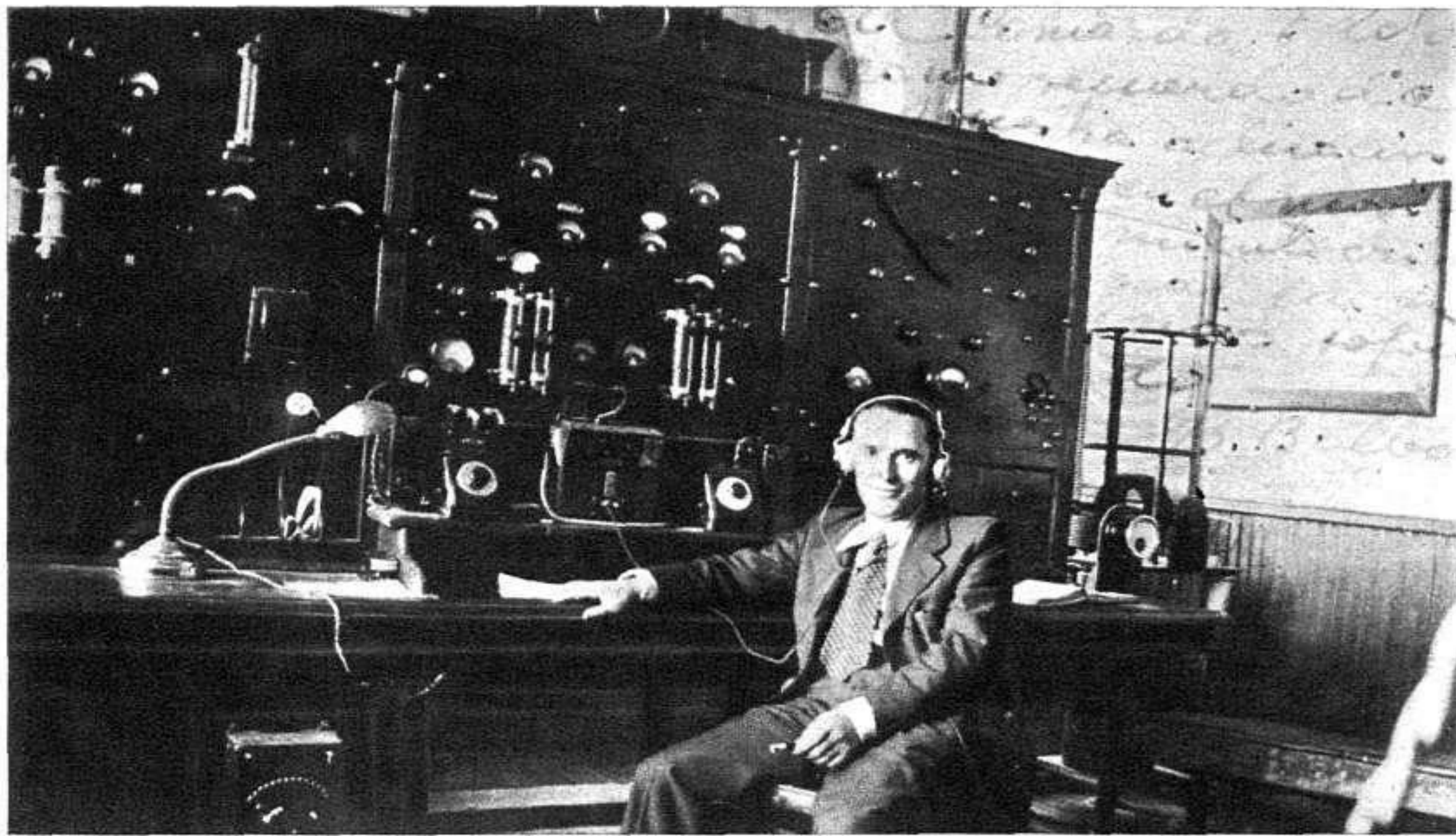
AE



En invierno, en verano, en todo tiempo y en cualquier lugar, ni se corta ni se agria, siempre fresca, pura y nutritiva, la leche condensada LA LECHERA, por su riqueza en crema, la regularidad de su composición y la incomparable experiencia de más de medio siglo de sus elaboradores, es la marca que mayores garantías ofrece a la preciosa salud de su hijito.

LA LECHERA

INSUSTITUIBLE
EN LA LACTANCIA



El oficial radiotelegrafista don Benjamín Balboa, benemérito republicano, cuya intervención fué decisiva para sofocar la rebelión de los jefes y oficiales de la Armada

Cómo se sofocó la sublevación de jefes y oficiales de la Armada

El oficial radiotelegrafista don Benjamín Balboa, benemérito de la República

LA estación oficial de radio del Ministerio de Marina, que controla todas las comunicaciones con los buques de guerra españoles, está situada en la Ciudad Lineal.

Desde esta estación de radio, enclavada entre los pinares sonoros de Chamartín de la Rosa, fué sofocada en pocas horas la rebeldía de los jefes y oficiales de la Armada que pretendían poner los buques de guerra de España a disposición de los facciosos.

El gesto valeroso, la ejemplar lealtad republicana y el fervor democrático del oficial radiotelegrafista don Benjamín Balboa frustraron la traición que ya se había iniciado. El verbo y el prestigio de Balboa, volando invisible sobre España y hacia el mar, puso alerta a las tripulaciones de los buques de guerra, y fué motor del movimiento patriótico y republicano que arrancó los mandos de nuestra Armada de manos de los jefes desleales.

Con extrema sencillez rayana en humildad, sin el menor matiz de un orgullo que nunca sería más legítimo, como si nos narrara algo acaecido a un extraño, don Benjamín Balboa nos cuenta su actuación en aquellas horas de dramática inquietud. Tiene tal fuerza emotiva, entraña tal ejemplo vivo de lealtad y cívico heroísmo el relato, que repele los arrequives literarios. Dejémosle, pues, escueto de retórica, con todo su vigor de verdad, tal como fluye de labios de Balboa.

—A las diez de la mañana del día 17 del mes pasado se recibieron en esta Radio las primeras noticias de la sublevación: el texto de la alocución subversiva que Franco dirigía a todos los barcos y guarniciones de España. La transmitían desde Cartagena, con orden de ser comunicada al jefe de Estado Mayor, almirante Salas, complicado en el movimiento. Recibí yo la comunicación, y reproché enérgicamente al radiotelegrafista de Cartagena el haberla transmitido. Este, con voz trémula, respondió que lo hacía por orden de la superioridad. Comprendiendo todo el alcance de la noticia, me apresuré a comunicarla, sin contar con el jefe de la estación, al secretario del ministro de la Guerra. Me pidieron el texto, y cuando disponía que un co-

che lo llevase a Madrid, empezó a dibujarse la traición. El jefe, capitán de corbeta Cástor Ibáñez Aldecoa, se interpuso entonces, pretendiendo que antes que al ministro se informase al almirante Salas. Lo hizo así el jefe desleal, dejando abierta la cabina del teléfono para que las fuerzas de custodia pudieran enterarse del mensaje, y ordenó enseguida que desde aquel instante sólo se comunicase por uno de los tres teléfonos que tiene la Central de Radio, y que estaba intervenido por él. Pero este teléfono tenía una derivación, y por ella pude enterarme de que Salas pedía a Ibáñez Aldecoa que co-

transmitiese el mensaje faccioso a todas las guarniciones. Aldecoa contestaba al almirante traidor que le sería difícil hacerlo, porque tenía cerca «un hueso».

—El «hueso»—dice sonriendo Balboa—era yo, que no perdía de vista a Ibáñez. Cuando éste, abandonando sus habitaciones, se disponía a llegar de nuevo a la estación radiotelegráfica para cumplir las órdenes de Salas, creí llegado el momento de evitarlo, y le salí al encuentro. El quiso hacer valer su autoridad, y me mandó que me constituyese en arresto. Pero decidido a obrar enérgicamente, le encañoné con mi pistola y le llevé arrestado a sus habitaciones, reprochándole con dureza su traición.

Enseguida me hice cargo de la estación. Mi primera preocupación fué localizar a los buques de la Escuadra. El primero con el que logré comunicación fué con el destructor *Churrua*, cuyo comandante había pedido permiso para desembarcar en Melilla a un fogonero gravemente herido. El radiotelegrafista del *Churrua* me dijo que, en realidad, lo que se hacía era traer tropas para España. Descubrí al compañero la verdad del movimiento faccioso, y le incité a sublevar a la tripulación contra los jefes traidores. Me contestó no poder hacerlo al instante por estar el buque lleno de fuerzas rebeldes. Pero que apenas volvieran a hacerse al mar lo intentaría. Efectivamente, media hora después de navegar de nuevo me transmitían desde el *Churrua* este radio: «Tripulación reducido jefes traidores. ¡Viva la República!» Después logré comunicar con el *Valdés*, fondeado en Melilla, que se puso también a las órdenes del Gobierno legal al conocer la verdadera finalidad del movimiento. Unas horas después lograba localizar a los cruceros que navegaban por frente a Portugal a la altura de Lisboa. Iban también los tripulantes engañados por sus jefes. Hablé con el telegrafista del *Libertad*, y le incité a que comunicase a la tripulación el carácter faccioso del movimiento, incitándoles a sublevarse. Lo hicieron rápidamente, y se apoderaron del barco, como asimismo, en breve espacio, realizaron el *Cervantes* y el *Jaime I*, y todos los demás buques que en un gesto magnífico de lealtad y de heroísmo defienden la causa de la República.

Nada más y nada menos, con ejemplar sencillez, nos dice don Benjamín Balboa, cuya conducta admirable le constituye en uno de los más altos héroes, entre la muchedumbre de ellos, que en estas horas dramáticas luchan abnegadamente por el porvenir de España, de la República y del pueblo.

JUAN FERRAGUT



El comandante radiotelegrafista don Manuel Vázquez Seco / el auxiliar de Infantería de Marina don Tomás Cañedo, con parte de las fuerzas de la marinería que prestan servicio de vigilancia y defensa en la estación de radio de la Armada

(Fots. Videal)

**Cuénteme usted
su vida**

Andanzas de Rafael "el Gallo", el torero que nació en Madrid



Una de las primeras fotografías de «el Gallo»,
matador de toros



Otra de las primeras fotografías de «el Gallo»,
matador

GITANO es sinónimo de nómada, de aventurero, de caminante por mar o por tierra; de hombre con las piernas abiertas en el compás alegre de la marcha. Donde se ofrezca una tentación de caminos, allí habrá siempre un gitano dispuesto a tragar sorbos de ruta en copa de horizontes nuevos. Porque un gitano nace ya con la esfera del mundo sobre la palma de la mano, llena de rutas tentadoras para el bronce andariego de sus piernas.

Rafael *el Gallo*—¿quién no lo sabe?—es la medula más pura y más cañí de la gitanería andante. Por gitano y por torero, Rafael ha pisado una y otra vez, con un aire jacarandoso de paseíllo, todas las venas azules de las cartas geográficas, con una rosa de los vientos en la solapa de su chaquetilla. Vientos de acá y

de allá, con el yodo de los mares en medio, le han pronunciado el bronce de la piel faraónica hasta hacerse puro metal brillante sobre el hipódromo famoso de la calva. Y entre sus manos, las olas han sido como un capotillo de lujo con que bajar la frente de ese toro babeante y marrajo que es el mar.

Pero vayamos por partes y no adelantemos los acontecimientos, como decían los folletistas del siglo pasado. Antes de hablar de los viajes de Rafael, de su continuo ir y venir por las rutas del mundo, conviene contar algunos detalles pintorescos del *Gallo* que sirvan de antecedentes y de punto de referencia a sus aventuras. Aunque lo mejor es que sea el propio Rafael quien lo cuente, sacando a relucir su más gustoso ceceo. Porque el reportero, en este caso, no tiene más misión que la de ver, oír y contar.



En los días de desgracia.—Una cogida, aunque más aparatosa que grave

Esos señores que le siguen a todas partes...

Oid a Rafael. Antes será conveniente que demos algunos datos de lugar y de indumentaria. Estamos en un café elegante de la calle de Alcalá. Junto al *Gallo*, rodeándole, los de siempre. Su criado de confianza—«un picaor que no pica na, aunque él quiera ser más subió que la guindilla»—y esa media docena de amigos que le sigue a todas partes con la boca propicia a desgarrarse en una abertura de admiración. Viste Rafael un traje negro, que hace aún más claro el río blanco de la pechera bordada, sin corbata y con botones negros. Junto a él se quiebra la cintura contra el respaldo de una silla una capa llena de bordados, y un sombrero cordobés color plomo hace un flan de aire sobre el asiento.

¿Estamos todos? Sí. Ya se han frotado las manos esos señores que le siguen a todas partes y se han arreglado el nudo de la corbata después de entreabrir los labios con su mejor sonrisa de adhesión.

Vamos a oír a Rafael. Y, ¡atención!, porque va a temblar la Giralda por la pérdida de un paisano.

Un gitano de Madrid

—Yo no soy de Sevilla, como ha dicho casi todo el mundo, sino de Madrid. Tan madrileño como el Julián de *La verbena de la Paloma*. Aquí nací, el 16 de Julio de 1882, el día de la Virgen del Carmen, en el número 16 de la calle de la Greda, hoy de Los Madrazo. Me bautizaron en la pila de la parroquia de San Sebastián, donde también fueron bautizados la Patti y el abuelo del famoso Curro Cúcharas, que también se llamaba Curro y también era torero.

—¿Hubiera usted querido nacer en Sevilla?

—¿Por qué? Sevilla es Sevilla; pero Madrid es también Madrid. Allí está la gracia, el do-

naire y el salero; pero anda que Madrid también se trae lo suyo...

—¿Cómo fué el nacer en Madrid?

—Porque mi madre iba detrás de mi padre a todos los sitios donde toreaba. Ya ve usted: yo podía ser ahora gallego o aragonés, lo mismo que soy madrileño, con lo que me va tan ricamente.

Un señor de esos que le siguen a todas partes:

—¡Y olé!

Dándole aire al capotillo

—¿Cuándo empezó usted a torear?

—A los catorce años me puse por primera vez el traje de luses; pero ya llevaba mucho tiempo dándole aire al capotillo por los enserraderos sevillanos.

(Rafael casi no necesita el estímulo de las preguntas para seguir haciendo su biografía. Se le nota un afán gustoso en esta evocación de sus años juveniles, cuando su calva andaba en lenguas de romances y de copla, hecha historia de amor desgraciado, por todas las esquinas españolas. Episodio por episodio, año por año, va contando su vida con una precisión asombrosa en los detalles y en las fechas. Sólo cuando en la evocación surge alguna amarra sentimental, el *Gallo* salta sobre ella con la misma gracia gitana y despreocupada con que salta la barrera las tardes de bronca.)

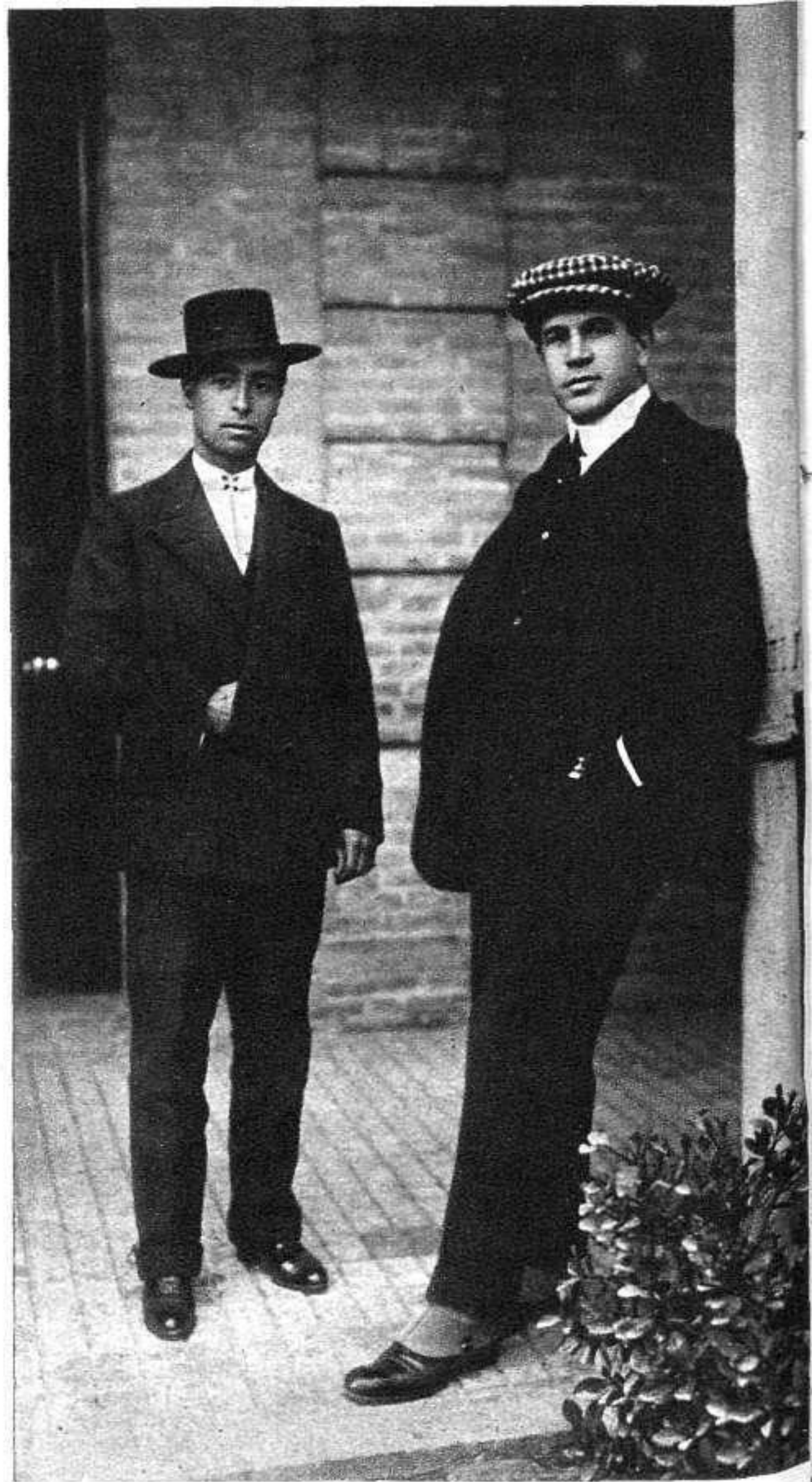
«Yo era un mosito espigao»

—El año 1902 tomé la alternativa. Tenía entonces veinte años, y era un mosito espigao que le gustaba a las mujeres. Por entonces, un pintor de Sevilla me hizo un retrato que estaba la mar de bien, con mi traje de luses y er capote de lujo ar braso. No he vuelto a ver aquel lienzo, porque un americano se le llevó, pagándole a peso de oro.

Una pausa, y vuelta al día de la alternativa: —Aquella tarde estuve superio. La gente se rompía las manos aplaudiendo, y me sacó en



El casticismo fuera de la plaza.—Bailando en una verbena



En los días de triunfo.—Posando con Titta Rufo, a quien brindara un toro aquel día

hombros. Aquel mismo año fui por primera vez a América. Y desde entonces hasta 1914 fui a torear todos los años a Méjico. Pero en 1914 se empesó a «infestar» el mar de submarinos, y no era cosa de perder el pellejo de una corná de aquellos bichos. Aluego después, en 1926 y 1928, recorrí toda la América de punta a punta: la del Norte, la del Sur y la del Centro. He viajado en tren, en barco, en aeroplano... Menos en globo de gas, he montado en todo. Hasta en el submarino *Peral* hice un viaje corto por la bahía de Cádiz. Por cierto que ya no volveré en mi vida a montar en aeroplano des- de que una vez...

Pero esto merece capítulo aparte.

Un curso de volatines

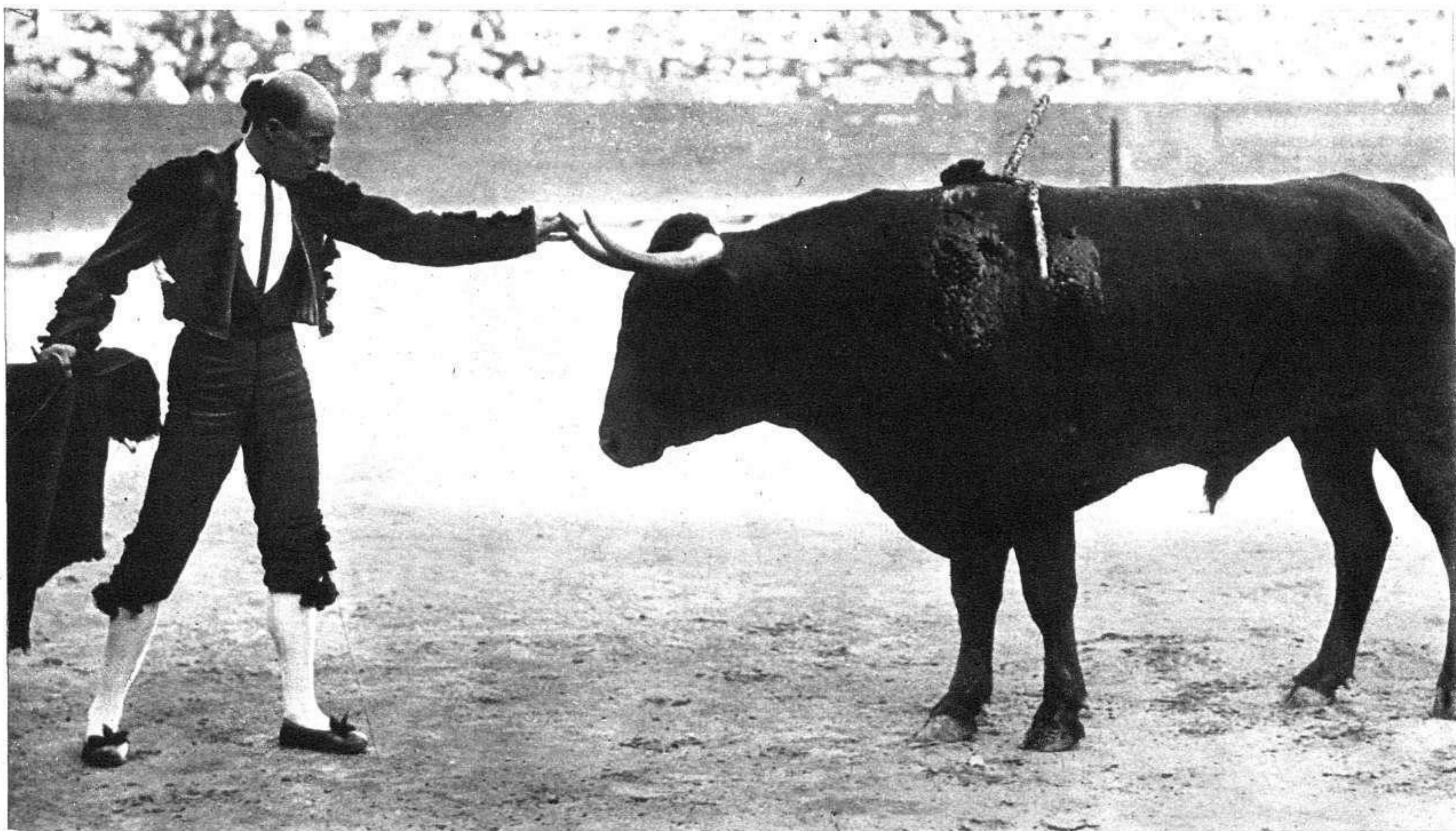
—Había yo despachao una corrida en Bucaramanga, y un alemán amigo mío me invitó a montar en su aparato. Como yo tenía que atorear en un pueblo próximo, le dije que sí, a condisión de que me llevara a aquel pueblo. Vivía su novia allí, y el hombre me obligó a prometerle que le brindaría un toro a la gachí. Me subí al aparato, y cuando ya estábamos ensima del pueblo, el alemán empesó a haser unas cosas raras con el aeroplano que me pusieron la garganta en los zancajos. Desde entonces no he vuelto a montar en aeroplano, ni volveré a montar en mi vida.

Otro señor de esos que le siguen a todas partes:

—¡Y olé!

Viajante de la revolución por América

—Por sierto—continúa Rafael—que las últimas veces que estuve en América ocurrieron unas cosas tan raras que a mí me traían muy preocupao. Se lo voy a contar a usted para que se enteren tos esos que se ríen de los superstisiosos. Pasaba que en cuanto llegaba yo a un Estado se declaraba la revolución.



Un adorno en una faena feliz

—¡Hombre!

—Ni ná ni ná. Como se lo digo. En cuanto llegué a Colombia empesó en la capital una mano de tiros que pa qué le voy a contar a usted. Total: que me fuí de allí porque a mí no se me había perdidó ná con las balas, y me largué más que de prisa al Ecuador; pero el buque en que yo iba naufragó en el camino, en las costas del Perú, y nos tuvo que recoger un barco que se llamaba *El Rimel* y llevarnos hasta Lima. Bueno; pues lo mismo fué llegar a Lima que declararse allí la revolución. Me escondí donde pude, y aluego me fuí al Cuzco, con la esperanza de que aquello estuviera más tranquilo. Pero sí, sí. En el Cuzco me pasó otra cosa peor.

Cómo salvó al alcalde del Cuzco

—¿Qué fué lo del Cuzco?

—¡Casi ná! Que también estalló allí la revolución. En el Cuzco, el Comité revolucionario de la ciudad tenía cercada la casa del alcalde para apoderarse de él y de su familia y fusilarlos después. Todos los caminos estaban interceptados y en poder de los revolucionarios, menos la vía férrea, que aun permanecía fiel al Gobierno. Unos amigos fueron a verme al hotel, y me dijeron que el alcalde quería saludarme. Como yo no sabía hasta entonses nada de lo que pasaba, y además yo era muy popular allí, no me extrañó la proposición; me monté con uno de ellos en un *auto*, y me fuí a casa del alcalde. Por el camino veía que se acercaban al *auto* grupos de soldados, y al verme se marchaban, diciendo:

—Dejarle pasar, que es *el Gallo*.

Desde las ventanas de la casa del alcalde soltaban más tiros que en la guerra; pero era para disimular, porque ni él ni su familia estaban allí. Un grupo de amigos los tenían escondidos en una casa, y allí los vi yo. Luego me dijeron que los acompañara a la estación en un coche cerrado y que sacara la cabeza por una ventanilla cada vez que viera acercarse a los guardias. Se salvaron, por fin; pero cuando yo me di cuenta del berenjenal en que me había metido, me entró tanto miedo que me enserré en el cuarto del hotel y no salí a la calle hasta que vi sonreír a las personas que pasaban por las aseras. ¡Aquello sí que fué una «espantá»! Yo creo que si me dejan, del salto que pego



Hablando con Eugenio Noel, el escritor antiflamenquista

me dejo atrás el charco, y llego lo menos hasta Gibraltá.

El Cuzco, ciudad de mal arate

—Pa colmo de mis males, atoreé en El Cuzco, y un toro marrajo, bragao y corniveleto me partió la clavícula de una corná. Aquello tenía que acabar así, porque El Cuzco era una ciudad de mal arate. Cuando se me curó la herida me fuí a Bolivia, y luego, a la Argentina. Bueno; pues en cuanto llegué se armó la gorda en las dos naciones. Totá: que empesé a echar mis cuentas y a dudar si ir o no al Brasil. Por fin me decidí a realizar el viaje, y cuando llegué se declaró también la revolución.

Su criado de confianza:

—¡Y aquella fué de las gordas!

«¡Y a los toreros que nos parta un rayo!»

—¿Qué otros hechos pintorescos recuerda usted de sus andanzas por América?

—¡Hombre! Muchas cosas buenas y muchas cosas tristes. Voy a contarle algunas. El año 26 me ofresieron en La Habana la exclusiva de todos los negocios taurinos que se pudieran hacer en la isla de Cuba. Si aquello me llega a salir bien, a estas horas estoy yo forrao de billetes y más rico que Romanones. Pero no tuve suerte. Cuando ya estaba todo a punto y habían llegado de Méjico unos toros de Piedras Negras, con más coraje que el Gran Capitán y unas intensiones más negras que las piedras, salió gritando una señora de esas que llevan gafas y las llaman de la Sosiedá Protectora de Animales—¡y a los toreros que nos parta un rayo!—y se lió a dar chillíos hasta que consiguió, la muy sufragista, que se suspendieran las corrias. Después se dió un golpe de Estado revolucionario—¡Señó! ¿No estaba yo en Cuba?—, y la buena señora, que debía de tené mucha mano con el nuevo Gobierno, consiguió que se suspendieran definitivamente. ¿Usted ha visto en su vida algo paresío? Pero, señó, si es lo que yo digo: ¿Qué tendrán que hasé las mujeres en er mundo fuera de guisá y de coserle los carsetines a su marío?

Un señor de esos, etc.:

—¡Y olé!

ANTONIO OTERO SECO

(Continuará.)



Todos a la lucha

Pasan las Milicias populares hacia el frente de combate. Un viejo campesino las saluda con el puño en alto. El también toma parte en la pelea: si sus manos ya no tienen juventud bastante para empuñar el fusil, aun conserva energías para inclinarse sobre la tierra y sacar de su seno las riquezas necesarias a los soldados de la República

(Fot. Vidal Corella)

SOBRESALTOS

Por ANTONIO ZOZAYA

En un día de conmoción extrema escuché, de labios de un fumador empedernido, de vida solitaria, recluso constantemente en su hogar e indiferente a cuanto sucede fuera de los muros de su habitación, esta lamentación amarga:

—Estoy sobresaltado... ¡Creo haber perdido mi boquilla de ámbar!

¿Qué es, pues, el sobresalto? Me he acordado de Goethe, tranquilo y tal vez indiferente al saber noticias de la Revolución francesa del 89, y de otros hombres célebres que, en cambio, se sobresaltaban ante hechos que para los otros mortales eran absolutamente insignificantes. Sabido es que muchos genios se sobresaltaban ante la contemplación de objetos o de animales inofensivos. Don Eduardo Benot, en sus *Temas varios*, escribió: «Personas hay que no pueden comer fresas sin experimentar fiebre urticosa. A otras estremece el contacto de la piel de un melocotón. Ha habido quien no ha podido oír cantar a un gallo sin horripilarse. Así como no hay dos relojes iguales, cada organismo tiene su característica especial, que lo diferencia de todos los demás sus similares.»

Y hay, por eso, quien se sobresalta por la cosa más nimia, y quien, como el mismo Goethe, gusta de curar su excitabilidad nerviosa, previniéndose contra su propensión al vértigo, recorriendo las cornisas y los capiteles elevadísimos de Estrasburgo y proporcionándose lo que él llamaba «la fiebre del cañón».

Tuvo harta razón Stuart Mill al decir que es empeño absurdo medir la sensación, porque su antecedente inmediato es un estado del cuerpo; pero la sensación misma es un estado del espíritu, que no obedece a las reglas del cálculo.

Wundt, Fechner, Weber, Paulham, Ribot, Delboeuf, Helmholtz Feré y muchos otros psicólogos, entre ellos, modernamente, Freud, han intentado en vano hallar la relación exacta entre la sensación y la reacción psíquica. Sería temerario improvisar ahora una teoría que explicase los fenómenos del sobresalto.

Pero lo evidente y notorio es que el sobresalto no es igual en todos los individuos, lo cual parece demostrar que su causa reside, más que en las cosas exteriores, en nosotros mismos y en la idea que nos formamos de ellas. Un ciego puede caminar serena y resueltamente hacia un abismo, si ignora que va a precipitarse en él, y por un fenómeno psíquico inverso, conociendo que el abismo existe y que la caída en él es mortal, se lanza a él sin vacilación el suicida.

La causa del sobresalto no está, pues, en el abismo, sino en el corazón de quien lo contempla y lo teme. Pero aquel que lo mira todo con serenidad, se halla libre en todo o en parte de ese

estremecimiento, que muchas veces es inconsciente. Narra Epicteto la conversación sostenida entre un esbirro de Nerón y Luteranus, acusado de conspirar contra la vida del César, y la refiere en estos términos:

«—Cuando tenga algo que contestar—dice Luteranus—, se lo diré a tu amo.

—Te prenderán.

—No veo la necesidad de entrar en la prisión llorando.

—Te desterrarán.

—Iré alegre y satisfecho al destierro.

—Te darán tormento.

—Tan sólo conseguirán torturar mis miembros.

—Te cortarán el cuello.

—Jamás he dicho que mi cuello gozase del privilegio de no poder ser cortado.»

Ello comprueba la tesis de Jouffroy en sus *Melanges philosophiques*: el fenómeno de la sensación, a pesar de su simplicidad, es una afección agradable o desagradable para la sensibilidad, que es modificada, y un signo determinado para la inteligencia que lo percibe. Merced a este doble carácter, da lugar a dos series de fenómenos psicológicos: una que se desarrolla en la misma sensibilidad y otra que se produce en la inteligencia.

Si nos fuese posible dominar siempre con nuestra inteligencia nuestra sensibilidad, se-

guiríamos la conducta de Luteranus en Epicteto; pero somos de carne y de nervios, y sentimos, acaso, más el peligro del futuro incierto que el seguro presente. Muchas veces nos aterrorizamos ante perspectivas lejanas y ante la precisión de acontecimientos que no han de realizarse. A un muchacho optimista que había perdido, no su boquilla de ámbar, sino su portamonedas, le oí decir: «No quiero disgustarme por la pérdida de las cosas; porque luego, cuando las encuentro, me da mucha rabia haberme sobresaltado y pasado mal rato sin necesidad.» Se dirá que esto es juicioso cuando las cosas aparecen al fin; pero si se pierden definitivamente, sean boquillas, portamonedas, fortunas o vidas, el sobresalto anticipado es estéril, y a más de no evitar la catástrofe, no hace sino aumentar el sufrimiento. Sería, acaso, un bien que, como sostenía De Maistre, fuésemos inteligencias servidas por órganos. No sentiríamos y procederíamos siempre de un modo sereno y juicioso. Desgraciadamente, la sensibilidad se nos impone y nos sobresaltamos, querámoslo o no, unas veces cuando se nos extravía un objeto insignificante, y otras, cuando creemos que va a acabarse el mundo, como se creyó en el primer milenario y como se va creyendo por las gentes conforme se aproxima el segundo.

¿Qué remedio puede tener el sobresalto? Ante todo, la higiene del cuerpo y del espíritu. Un organismo sano se sobresalta menos que otro enfermo. Pero un espíritu equilibrado se asusta menos ante el peligro que quien siente remordimiento de conciencia. Entonces, cuando sabemos que hemos delinquido, creemos más en la proximidad del castigo que merecemos, y en este sentido se concibe la eficacia del remordimiento por Arreat (*La moral en el drama*). González Serrano (*Psicología fisiológica*), hablando del *Heautontimorumenos* de Terencio, dice que Menedemo, que se acusa de haber tratado con excesiva severidad a su hijo, se castiga a sí mismo y se impone privaciones que lo consuelan. De igual modo obra el criminal que se entrega a la Justicia para recobrar la paz de su conciencia, y el ladrón que restituye lo que no le pertenece, para sobrellevar su falta como carga menos pesada.

Procuremos en la adversidad y ante el peligro, sea el que fuere, no necesitar de ese consuelo del remordimiento. Estemos seguros de que no hemos hecho daño a nadie. De que no hemos predicado guerra, sino paz; odio, sino amor; enemistad, sino convivencia. De que no hemos instigado al mal y de que todo lo hemos pensado y realizado en vista de los superiores fines humanos. Si después de esto somos víctimas del ajeno error, consolémonos pensando que el sobresalto de nada sirve y que hay algo que se halla por encima de todas las sensaciones y aun de todas las ideas abstractas: el sentimiento del deber.



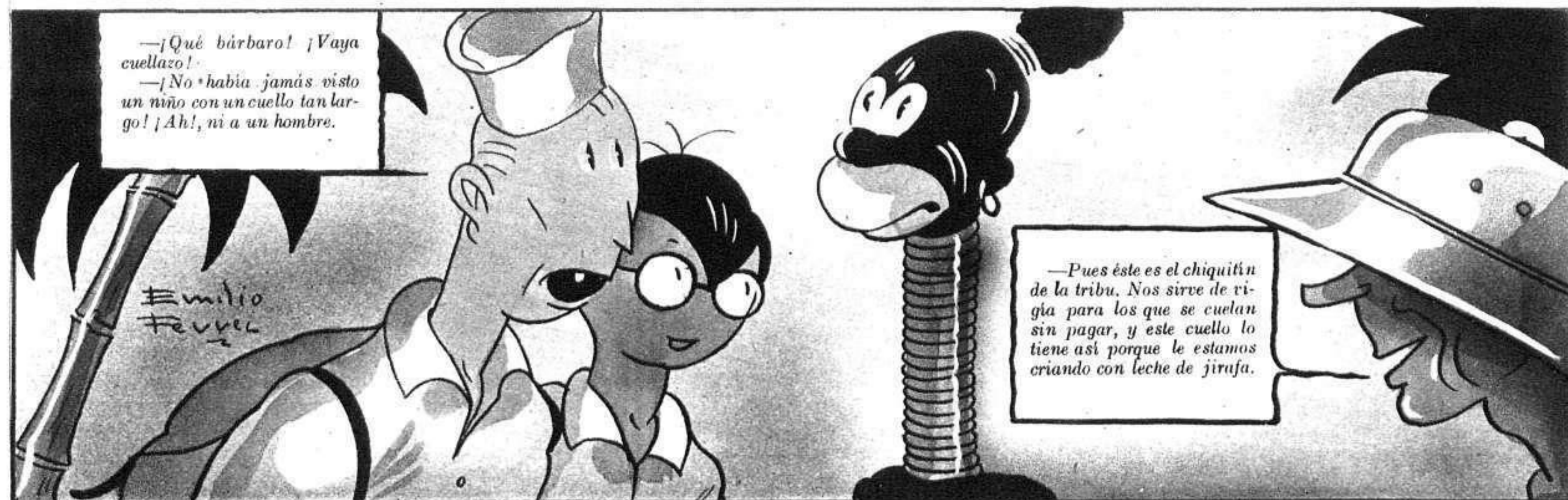
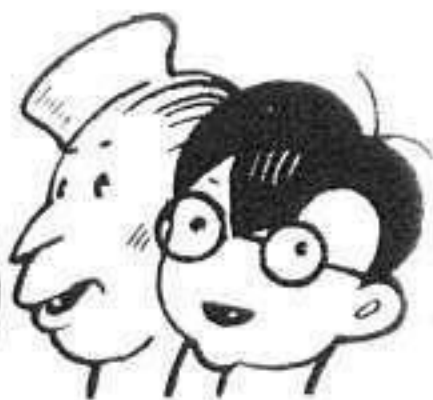
Marlène es siempre Marlène. Todos hemos visto su rostro innumerables veces, y, sin embargo, cada nuevo retrato suyo es contemplado con el mismo gozo. He aquí una de las últimas «poses» de Marlène, la inagotable



"La Argentina" ha muerto

Antonia Mercé, «la Argentina», la gran bailarina española que tan triunfalmente paseó por el mundo el arte y la belleza de nuestras danzas, ha muerto la semana anterior, en Bayona. Con la desaparición de Antonia Mercé, el arte del baile español pierde una figura irreparable. He aquí a la gran bailarina, según un admirable dibujo de Emilio Ferrer

LA VETANAND de COLAS Y BARULLO





En la Sierra de Guadarrama luchan, convertidos en milicianos, numerosos toreros, y entre ellos el novillero Luis Prado, «Litri» (x), ascendido a alférez por su heroico comportamiento

(Fot. Ferrer)

Los toreros, carne y alma del pueblo, luchan por la causa popular

EN la gesta magnífica que el pueblo español desarrolla para la defensa de sus libertades, no podía faltar el concurso de los toreros.

Idolos populares auténticos, forjados por la admiración y el entusiasmo de las multitudes, los toreros son carne y alma del pueblo. Nacen de la cantera popular, y casi siempre de sus capas más humildes, estos mozos que deslumbrados por una noble ambición de gloria se juegan gallardamente su vida por el triunfo. La razón principal del éxito de los toreros, su pervivencia como figuras de excepción en la vida española, está en su honda raigambre popular. El pueblo les tiene por suyos, y se satisface con sus triunfos porque los considera propios. Muchos nacidos del más puro venero popular, en el anónimo de la gente que trabaja y sufre, hambrienta de todo, de pan y de justicia, el torero es para el pueblo un tipo heroico surgido de sus propias entrañas que logra, a costa de su sangre, redimirse de la miseria y conquistar nombradía.

La justicia que el pueblo ejerce con sus aplausos o sus censuras en las plazas de toros es automática y desinteresada. La fama del torero surge así por obra de un plebiscito espontáneo de la más pura categoría democrática.

He aquí la clave de la intensa simpatía popular por los toreros. El pueblo los hace, los consagra y los hunde, y contra estos fallos clamorosos de la opinión popular no valen influencias, ni habilidades políticas, ni ninguna de las otras ingerencias que han mixtificado el sen-

tir del pueblo en otras zonas de la vida social. Los toreros, carne y alma del pueblo, son del pueblo siempre. Y ellos, conscientes de su origen y de a lo que ello obliga, están siempre a disposición del pueblo. No hay una causa generosa de solidaridad, de filantropía social, a que los toreros no hayan sido los primeros en contribuir ofreciendo su trabajo, su dinero y su vida.

No podía, pues, faltar su concurso en esta épica lucha que el pueblo ha emprendido por la defensa de sus libertades.

Y desde los primeros momentos, desde las horas más dramáticas, los toreros han empuñado, unos, las armas; otros han colaborado esforzadamente en los servicios civiles; todos se han ofrecido generosamente para tomar parte en espectáculos cuyos productos vayan a remediar los estragos de la subversión.

Unos dan su sangre; otros, su dinero; todos, su trabajo para la causa del pueblo.

En la Sierra hay un grupo de toreros peleando bravamente. El novillero Luis Prados («Litri II»), responsable político de un grupo, ha visto premiado su heroísmo recibiendo, primero, la insignia de alférez; después, la de teniente de Milicias, en pleno campo de batalla.

Con él pelean sin descanso el valleciano Miguel Palomino, Trasmonte, Joselito Migueláñez, Pepe Hillo, Barocao, N. Martín, Aldeano, Pedro Miranda, Martinito, Fortuna Chico, Alcolea, Martitos, Curro Reyna, Saturio Torón y muchos más que no aspiran ahora a los ecos

del renombre, sino al cumplimiento de sus deberes de ciudadanos.

Un bravo ex matador de toros, célebre en tiempos, el asturiano Bernardo Casielles, luchó heroicamente en el Cuartel de la Montaña, en Getafe y en Carabanchel. Sin tomarse tregua, Casielles marchó a Guadarrama, tomó parte en el épico asalto del pueblo a las primeras cumbres, salvó con magnífico valor, con fervido entusiasmo, un momento difícil y cayó gravemente herido por un casco de metralla, en el instante mismo en que los milicianos, alentados por su palabra y su valor, barrían al enemigo.

Otro torero, el banderillero de Belmonte, José Pérez (Nili), ha dado un alto ejemplo de civismo prestando espontánea y generosa colaboración a las autoridades municipales en el gran trabajo, de importancia decisiva, que han supuesto los abastecimientos en los primeros días de lucha.

Y muchos otros diestros de todas las categorías: Cagancho, Niño de la Palma, Bienvenida, Maravilla, Chiquito de la Audiencia, Félix Colomo, cien más cuya enumeración sería prolija, rivalizan en disponer espectáculos a beneficio de las víctimas.

Los toreros cumplen patrióticamente su deber. Carne y alma del pueblo, lo mismo que se juegan gallardamente la vida por la fama, la ofrecen ahora generosamente por el triunfo del pueblo.



Algunos de los seminaristas recogidos hoy en Madrid

(Fot. Videal)

LOS SEMINARISTAS QUE QUIEREN VESTIR EL «MONO» DEL MILICIANO



El miliciano y las muchachas que están al servicio del establecimiento

ENTRE la acción que improvisadamente, y saltándose, por la fuerza de las circunstancias, de su misión habitual, está desarrollando ahora el Consejo de Protección de Menores, figura la recogida de muchachos que recibían enseñanza en Seminarios religiosos.

Tras estos seminaristas palpita un drama que no es el de haber abandonado sus residencias de siempre y el de verse, de pronto, en un ambiente de lucha y de inquietud muy distinto del vivido por ellos hasta ahora. Es el drama de ver que de ellos huyen los que más obligados estaban a ampararles. Se han dado en esto casos de profunda lección. Así, por ejemplo, uno de esos muchachos recogidos por el Consejo de Protección de Menores fué enviado a un convento de religiosas, de acuerdo con la superiora de la institución. Al día siguiente, las monjas pedían que se llevasen al chico. «Su presencia puede ser aquí un peligro. Usted sabe cómo están los ánimos.»

El Consejo ha atendido, siempre que le ha sido posible, a enviar a esos seminaristas junto a sus familiares. Cuando esto no ha sido posible, les ha instalado en las distintas residencias ahora creadas. Iba preguntando a los mismos muchachos dónde tenían familia. Uno dijo que tenía un tío aquí, en Madrid. Y con un miembro del Patronato fué el muchacho a ver a ese familiar. Y éste no le conoció, no le quiso conocer, diciendo que no tenía tal sobrino. Naturalmente, el delegado del Consejo comprobó que aquel hombre era, efectivamente, tío del seminarista—hermano de la madre—, y le obligó a que se quedara con el muchacho.



La comida de los seminaristas

—Pero, tío, ¿no te acuerdas de mí?—preguntaba el chaval, espantado.

Otro caso más impresionante aún: una madre, residente también en Madrid, se negó a que su hijo, seminarista, fuese a vivir a casa de ella.

—Y si vienes aquí, te denuncio a las Milicias.

El Consejo de Menores ha atendido a todos estos muchachos. Quedan en Madrid algunos de ellos todavía, no enviados aún a las residencias en que están sus compañeros. Siete, por ejemplo, están en uno de los colegios religiosos ahora incautados, en la calle de Juan Bravo, mezclados a otros chicos procedentes de distintos sitios y Fundaciones. Son siete muchachos procedentes del Seminario de Uclés, donde estudiaban o prestaban sus servicios como legos, como sirvientes de la residencia religiosa. Vive sobre ellos el ambiente conventual, el espíritu de los años vividos en el silencio del Seminario. Sus expresiones, sus actitudes, se reflejan constantemente.

—Hacé unos días—nos dicen en su residencia actual—salimos con algunos de ellos a hacer unas compras, y en todas las tiendas los reconocían.

El primer día que estuvieron en este sitio lo pasaron acobardados, temerosos, con miedo de que les hicieran algo. Les convenció el tiempo de que no había razón para ese temor, y fueron confiándose, hablando, riendo. Una vida nueva, un nuevo ambiente estaban ante ellos. Una mañana se pusieron unos lazos rojos en sus blusas. Y ahora todo su empeño es vestirse el «mono» azul del miliciano, y hasta les gusta contemplar y coger el fusil de Alfonso, el miliciano que guarda la residencia.

—¿Y nuestros compañeros? ¿Qué sabe usted de los que estaban con nosotros?—es la pregunta inmediata de todos.

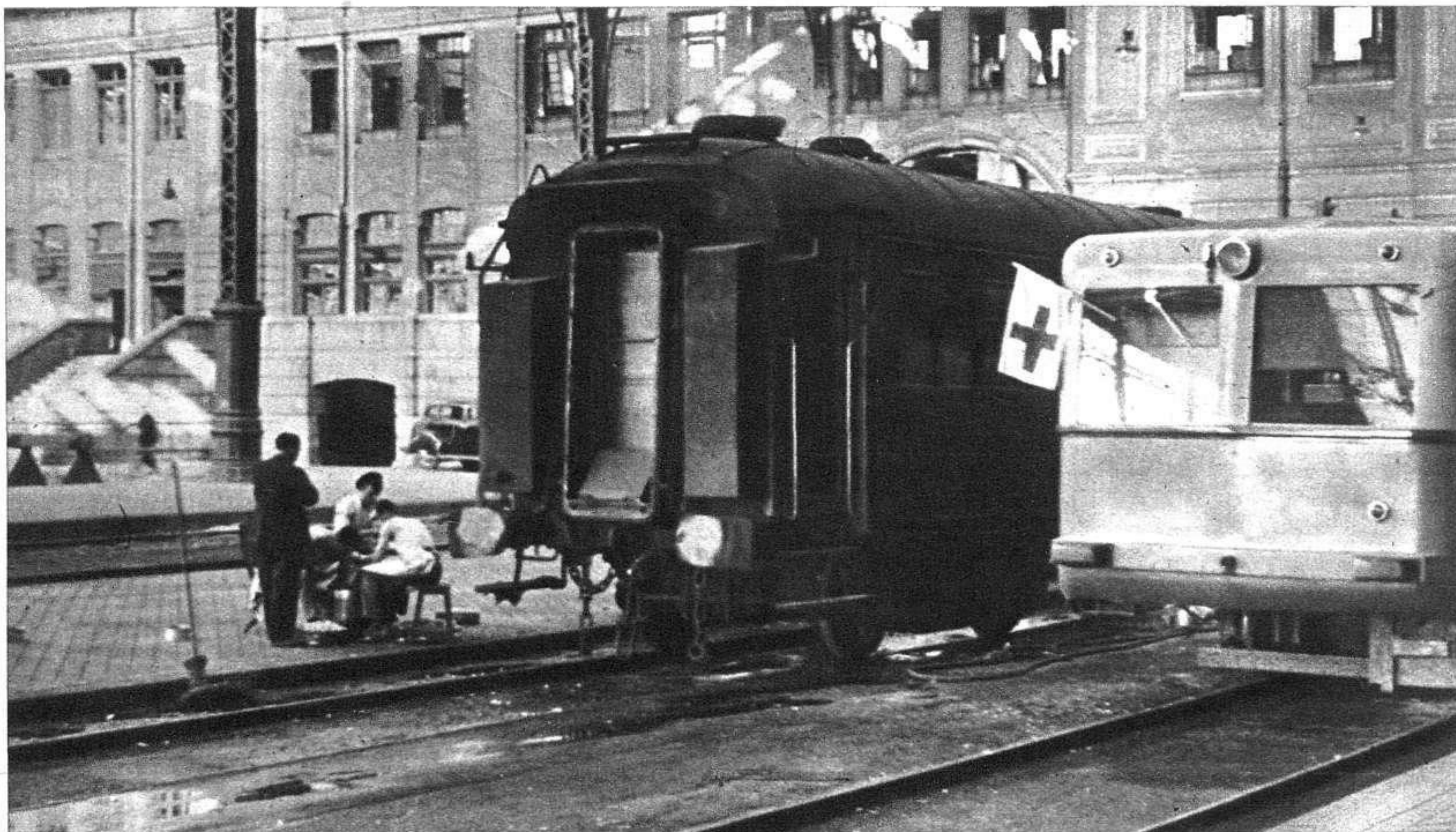
Son útiles estos siete muchachos. Ayudan en la cocina, en la limpieza. Por las tardes, algunos tocan el piano. Charlan y bromean con los otros chicos de la residencia. Quisieran, naturalmente, volverse a sus pueblos, en tierras de Zamora, de Palencia, de Burgos. Pero no saben lo que harán, lo que serán sus vidas futuras.

Ahora, por lo pronto, en su residencia de Madrid, pasado el temor y la zozobra de las horas primeras, estos muchachos, que hasta hace unos días llevaban hábitos, piensan afanosamente en vestirse el «mono» azul del miliciano.



Los siete seminaristas procedentes de Uclés y recogidos hoy en Madrid en uno de los establecimientos de que se ha incautado el Estado

(Fots. Videal)



Al lado del automotor de la Cruz Roja, el coche-restaurante prepara la comida de los milicianos...



Un equipo, el de la comida. Alegremente se disponen a preparar el alimento de las Milicias

En el restaurante de las Milicias ferroviarias

ENTRE las muchas sorpresas que pueda proporcionar la actual situación, no es la menor la que pueda recibir el que, extraño a la estación del Norte, penetre en su recinto.

No se trata solamente de la organización, admirable por todos conceptos, de las guardias milicianas, de la armería, cuartel, dormitorios de Milicias. Ni de los servicios sanitarios. Ni de las máquinas y trenes blindados que, con gran ruido de hierros, penetran bajo la marquesina, lanzando de su seno muchachos armados de fusiles y negros de carbón y humo.

Por los andenes circulan autos, camiones, apresurados en el cumplimiento de su misión. De las camionetas descargan sacos, barricas, carne, mercancías que son introducidas en el almacén de avituallamiento: tienda de comestibles provisional, donde el género se despacha con vales, para el servicio de las Milicias.

**TINTA
SAMAS**

Al fin de la vía, al lado de los automotores, que con su gran cruz roja hacen normalmente el servicio de retirada de heridos y enfermos, un coche-restaurante, cansado de recorrer distancias internacionales, permanece parado, en expectativa de ir recibiendo en su seno a los poseedores de esos papelitos azules, rojos o blancos, al grito de «primera serie!», «segunda serie!», «tercera serie!».

La primera serie

No son, precisamente, viajeros de primera clase los que, apresurados por el sonar de la campanilla en el pasillo del vagón, ocupan las plazas, mientras, con ligera mirada, comprueban que el menú es el mismo en todos los viajes.

Por el contrario, hombres sin afeitarse, con trajes azules y «monos» sobre los cuales, cinturones y cartucheras ponen el simpático acento de defensa popular a que nos vamos acostumbrando, penetran con gran algarabía, colocando en las redécillas los fusiles recién engrasados. Es la guardia de las dos. A las dos de la tarde se hace el relevo y la primera serie está destinada a los que a esa hora comienzan su servicio.

Luego, otra serie: la de los milicianos libres. Después, la de algunos Comités de servicio. A veces, las series parecen interminables. La escasa capacidad del coche no permite el servicio de más de medio centenar de comidas por serie, y hay días en que se han servido más de doscientas cincuenta comidas.

Nadie esperaba tal aflujo de comensales. Pero los cocineros que, en todas partes, saben hacer milagros, se esfuerzan más en este restaurante improvisado, en el cual trabajan con la seguridad de que cumplen con el papel que en el conjunto de la actual reacción ciudadana les ha sido asignado. Y para los de las últimas series, agotado el primitivo menú, aparecen ensaladas, lonchas de jamón, latas de escabeche, salsas de tomate y huevos, que llevan la alegría a los estómagos de los que esperan.

Lentejas y bacalao en el coche-restaurante

Los camareros del coche-restaurante trabajan con todo afán en el nuevo servicio que tienen encomendado. A partir de los primeros días de la sublevación, entraban y salían en el recinto de la estación, sin encontrar modo de aplicar sus actividades: los trenes no salían y ellos se presentaban, mirando con envidia cómo todos los servicios de la Compañía llevaban a cabo su útil labor.

Cuando se acordó normalizar el funcionamiento de las Milicias, se dedicaron por entero a la labor marcada. Y con más interés que con su trabajo de los días normales, establecieron sus turnos, se repartieron la tarea y, desde la mañana a la noche, desde su puesto, se dedican a mantener las fuerzas de los milicianos.

Los cocineros dan la pauta. Nada de comidas «camelo». Cosas fuertes, de esas que «se pegan al riñón». Y entonces se pudo presenciar la curiosa metamorfosis del menú del coche-restaurante.

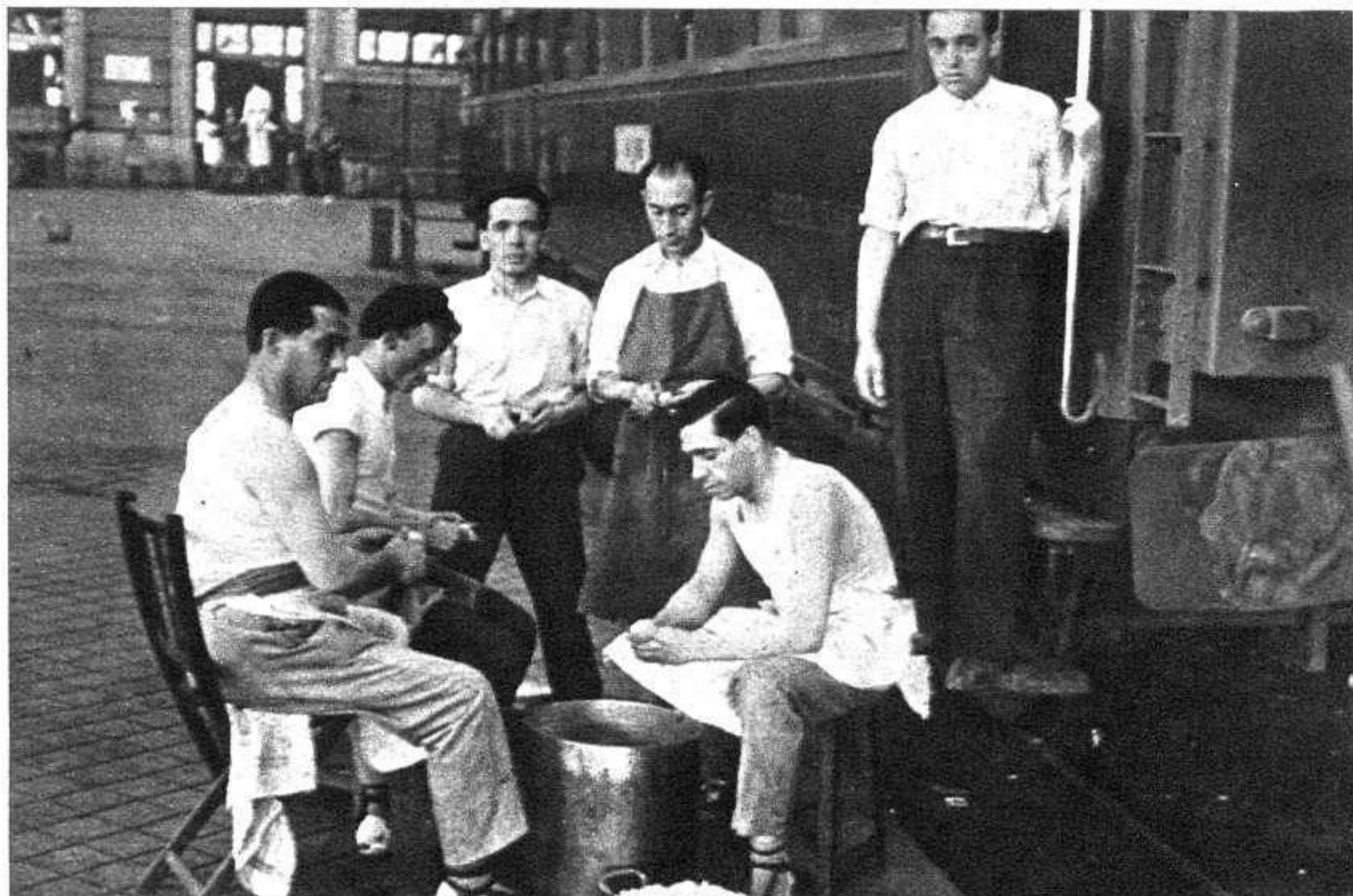
En período normal, hubiera espantado a los mismos camareros el que en la elegante carta del coche, rodeada de anuncios de los vinos más caros, se hubiera podido ofrecer a los comensales un plato de lentejas o una fritura de bacalao. Pero en la actual subversión de costumbres, a nadie le puede causar sorpresa este encaramiento de los platos humildes.

Los cocineros del coche cuidan a los milicianos como a propios hijos. Alguno es posible que quisiera estar combatiendo; pero su deber le llama a ocupar este puesto más anónimo, más falto de gloria, pero necesario, imprescindible. Y desde él, dándose cuenta de la significación popular de su tarea, la llena, sacando, de las circunvoluciones de su ciencia culinaria, exquisitas combinaciones para sorprender el apetito de los milicianos, demostrándoles cómo con los mismos géneros humildes se puede lograr tal variación que satisfaga los más exigentes apetitos.

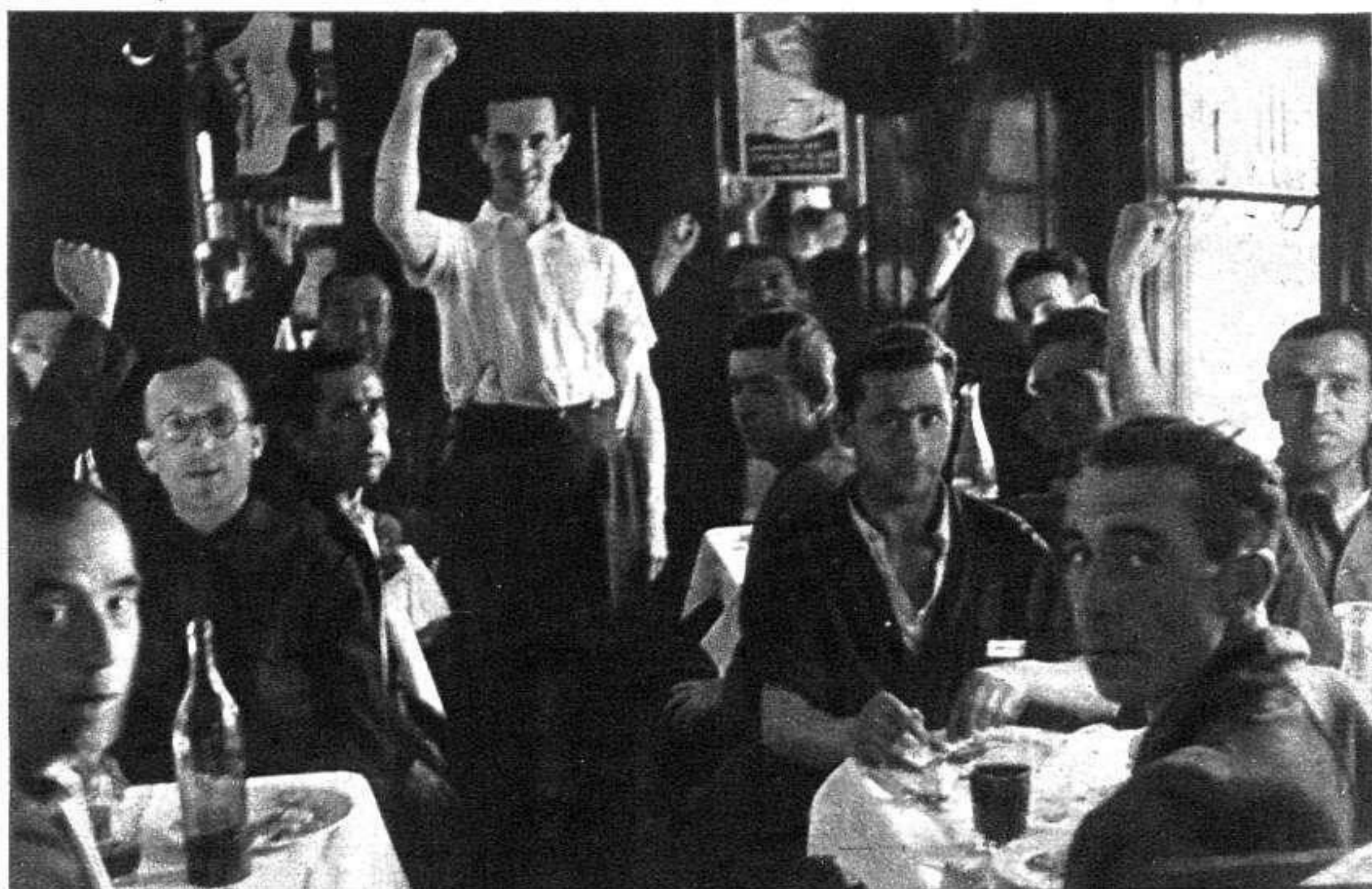
JOSÉ DE LA FUENTE



Los milicianos de la primera serie terminan apresuradamente su comida para ir a sus puestos de guardia



Todos los empleados de los coches-restaurantes se han puesto a disposición de las Milicias



Los milicianos, interrumpiendo su comida, saludan al fotógrafo con el puño en alto
(Fols. Lafuente)



El redondel, convertido en campo de instrucción. Abajo: Un guardia civil enseñando el manejo de las armas (Fols. Vidal Corella)

La Plaza de Toros de Valencia ha sido convertida en cuartel general de las Milicias voluntarias

La tradicional y típica feria valenciana, que nació en los albores de la primera República española, ha sido suspendida indefinidamente a causa de los sucesos por que atraviesa España. En esta feria eran el principal elemento las corridas de toros. La plaza valenciana era tema favorito, y las nueve corridas que se daban consecutivas, famosas en toda España. Hoy ha cambiado totalmente el aspecto de la Plaza de Toros valenciana. Al bullicio jaranero de la españolísima fiesta sustituye hoy la actividad febril de un recinto militar en preparativos de guerra. La Plaza de Toros es el cuartel general de las Milicias voluntarias.

El redondel de la plaza ha sido convertido en campo de instrucción, donde son adiestrados por veteranos los nuevos soldados de la libertad.

Todo es movimiento y actividad en el amplio recinto de la Plaza de Toros. Pequeños grupos de milicianos son instruídos por subalternos en los primeros pasos de su vida militar; bajo las arcadas, limpian unos sus armas, otros son instruídos en el manejo de ellas por individuos del Cuerpo de la Guardia civil. Tambores y cornetas, con insistencia machacona, repiten sus redobles y estridencias para conjuntar sus sonidos.

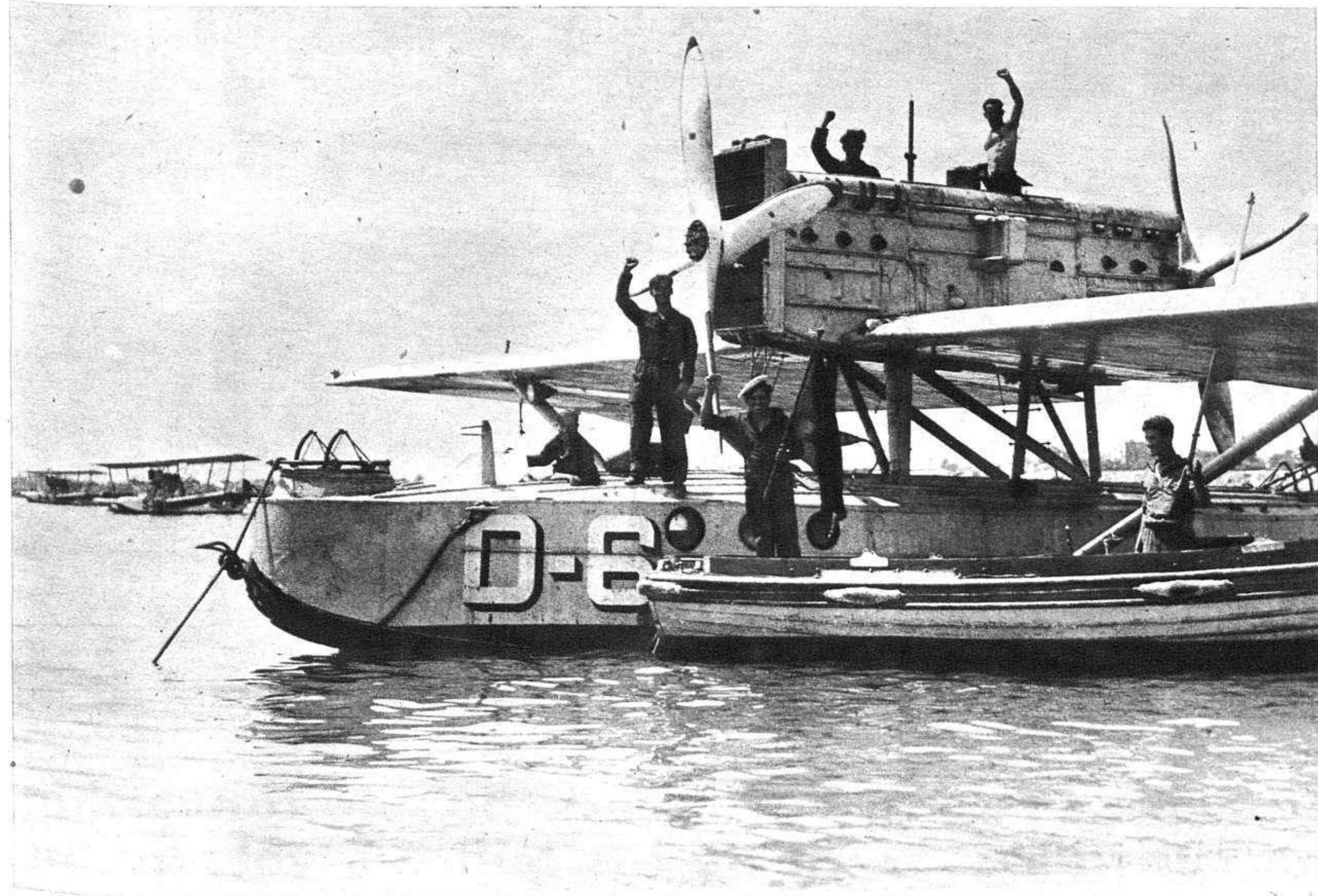
Unas muchachas, también adscritas a las

Milicias, preparan artículos para botiquines, recosen ropas o prenden sobre el pecho de los milicianos las insignias de sus grados o servicios.

Todo se hace apresuradamente, pero dentro de un orden perfecto, de una disciplina bien sentida, por la evidencia que hay en todos de que sus servicios han de ser necesarios inmediatamente. No puede tardar la salida de fuerzas para acudir a los distintos frentes, y resuelta la situación de Valencia, es allá donde debe aplicarse el valor de estos milicianos, dispuestos para la lucha por la libertad y por la salvación de la República.

VIDAL CORELLA





Los luchadores del mar y los luchadores del aire

Arriba: Los hidros gubernamentales que bombardean
a los rebeldes

Abajo: Marineros del «Almirante Antequera» embar-
cando proyectiles para cañonear a los sublevados
(Fots. Vidal Corella)



Para la mujer

Conjunto para noche, en tela
"beige" y marrón
(Modelo Paquín)



Los
conflic-
tos sen-
timenta-
les ante
la ley



Un
casa-
miento
por
anun-
cio

El pobre hombre ya se veía del brazo de la novia. Y a esta novia se la imaginaba joven, bella y con un suave acento gallego (Dibujo de Manuel)

La verdad es que el anuncio que venía en la última plana de un popular periódico madrileño no podía ser más tentador. Decía así: «Muchacha joven (diez y nueve años), bella, elegante, educada, afectuosa, amante del hogar, instruída, desea casarse con caballero entre treinta y cuarenta años, de acomodada posición, al que haría feliz. Mi estatura es de un metro cincuenta y nueve centímetros; tengo el pelo castaño y los ojos negros. Soy galleguita.» Este anuncio cayó en manos de un español que residía en la provincia de Buenos Aires desde hacía veinticinco años. Este buen señor era, naturalmente, uno de esos gallegos laboriosos y ahorrativos que a los quince años embarcó para la tierra de promisión. Allí hizo de todo: fué obrero del muelle de Buenos Aires; fué cocinero; fué conductor de automóviles, y, al fin, reunió para poner una tiendecita. Esta creció, prosperó, y nuestro buen celta colmó todas sus aspiraciones, excepto una: la del matrimonio. Acababa de trasponer la raya de los cuarenta, cuando al desplegar el periódico que todas las semanas recibía de la patria lejana se dio de narices con el anuncio matrimonial. En cualquier otro momento tal vez lo hubiera pasado por alto; pero coincidió su lectura con un instante psicológico y cayó en la red. Y no es que en el pueblo que él habitaba no hubiera guapas muchachas dispuestas a casarse con él; pero se le había metido en la cabeza la firme decisión de no contraer matrimonio más que con una paisana. Y de esto no había en el pueblecillo bonaerense, o si había no era del agrado de nuestro personaje. Así es que, ni corto ni perezoso, escribió a las señas indicadas en el anun-

cio, pidiendo detalles y una fotografía *sin retocar*. ¡Prudentes que son en tierras de Galicia!

La respuesta no se hizo esperar. La muchacha, en una larga carta sin demasiadas faltas de ortografía, explicó que era huérfana de padre y madre; que su padre había sido funcionario del Estado; que había sido educada con esmero en un convento de monjas; que sabía coser, planchar, guisar; que sólo se pintaba muy discretamente; que le gustaban los niños; que se hacía los vestidos sin necesidad de recurrir a la modista; que la encantaba la idea de vivir en la Argentina; que sabía tocar el piano; que gozaba de excelente salud; que jamás se ponía de mal humor, etc., etc. A la carta acompañaba un retrato de esos con mucho *flou*, en el que la figura aparecía perdida, vaporosa e irreal, como una aparición de cuento de hadas. A nuestro buen celta le escamó un poco tal falta de nitidez y de precisión en la fotografía. El hubiera preferido uno de esos retratos al sol que no disimulan nada. Pero fué tal la nostalgia de la tierra y fué también tal el deseo de oír junto a él una voz femenina matizada de suaves acentos gallegos, que se decidió. Ya ven ustedes que el hombre más prudente puede cometer las mayores imprudencias.

Hubo cartas y más cartas, cada día más cariñosas. Al principio se decían de usted; luego, de tú; más tarde, ya se llamaban toda clase de cosas tiernas y ridículas. Total, que ella exigió, para decidirse a emprender el viaje hasta América, el previo casamiento. Y como él no podía abandonar el negocio para trasladarse a España, se casaron por poderes.

Iba—ya efectuado el matrimonio—a girar a su mujer la cantidad necesaria para el viaje cuando recibió una carta de un paisano, un viejo amigo de la niñez, que habitaba en Madrid. Y esta carta decía lo siguiente: «Pepiño, hoy he tropezado en la calle a nuestra paisana de Puenteáreas Juanita T. Me ha dicho que se acababa de casar contigo por poderes y que estaba esperando que la girases dinero para reunirse contigo. Por lo que más quieras, Pepiño, no la mandes un céntimo. Es el loro más loro que ha nacido en nuestra tierra. Tiene cerca de cincuenta años y un genio inaguantable.»

Imagínense ustedes la desilusión del recién casado cuando recibió la carta. Suspiró, lloró, maldijo su suerte y retiró el giro. Luego empezó a consolarse.

Ahora viene un paréntesis de doce años. La galleguita sentimental ha agotado todos sus ahorros en escribir a su marido cartas y más cartas para averiguar el motivo de su absoluto silencio. Y al fin se ha enterado de que en un viaje a la capital, a Buenos Aires, encontró otra galleguita, a la que se llevó al pueblo y a la que hizo madre de siete u ocho criaturas.

Desconsolada, ha acudido a los Tribunales para solicitar el divorcio, que le ha sido concedido.

Tiene ya más de sesenta años. Pero tal vez se decida nuevamente, con el corazón lleno de ilusiones, a poner otro anuncio pidiendo marido. Claro que no podrá decir que tiene diez y nueve años. Dirá que tiene veinticinco o veintiséis.



BLENORRAGIA

(PURGACIONES)

en todas sus manifestaciones URÉTRITIS, PROSTATITIS, ORQUITIS, CISTITIS, GOTA MILITAR, etc. en el hombre y VULVITIS, VAGINITIS, METRITIS, CISTITIS, ANEXITIS, FLUJOS, etc. en la mujer por crónicas y rebeldes que sean se combaten de una manera cómoda rápida y eficaz con los

CACHETS DEL Dr. SOIVRE

que depuran la sangre y los humores, comunican a la orina sus maravillosas propiedades antisépticas y microbicidas; sus admirables resultados se experimentan a las primeras tomas, la mejoría prosigue hasta al completo y perfecto restablecimiento de todo el aparato genito-urinario, curándose el paciente por sí solo sin inyecciones, lavados, aplicaciones de sondas, bujías, etc., tan peligroso siempre por las complicaciones a que exponen y nadie se entera de su enfermedad.

Basta tomar una caja para convencerse de ello. Exigir siempre los legítimos CACHETS DEL Dr. SOIVRE y no admitir sustituciones interesadas de escasos o nulos resultados.

Venta a 6,60 ptas. caja en las principales farmacias

Agentes. -- New-York: Drug Importing C., 179, Adams Street Brooklyn. -- S. José Costa Rica: I. Carreras, Bazar Paris, Avenida Central. -- S. Juan Puerto Rico: J. Combas Peyork, Tetuán, 73. -- Cuba: J. Carlos Guasch, Apartado 2293, Habana

EL DOLOR

NO HACE ESTRAGO ALGUNO A LOS QUE POR SABIA PRECAUCIÓN TIENEN EN CASA UN FRASCO DE



CEREBRINO

MANDRI

ESPECIALIDAD NACIONAL

USOS

Una cucharadita con agua UNA, DOS o TRES veces, vence todo dolor. El reumatismo febril cura tomándolo TRES o CUATRO veces, repartidas durante el día. En el dolor crónico, tomado en ayunas, OCHO o DIEZ días en cada mes.

Solicite prospecto al

LABORATORIO **MANDRI**

Provenza, 203

BARCELONA

APOPLEJIA - PARALISIS

Angina de pecho, Vejez prematura y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis e Hipertensión

Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, rumba o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), inodora, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando Ruol. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segatá, Rbla. Flores, 14; y principales farmacias de España, Portugal y América.



MOLINOS

Un molino para cada trabajo. Más de 300 molinos para escoger.

Pida catálogo a la Fábrica de molinos

Victor GRUBER Y CIA. LDA.

APARTADO 450 - BILBAO

Rogamos a nuestros corresponsales suscriptores y a todas aquellas personas que se dirijan a nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

PRENSA GRÁFICA
APARTADO 571. MADRID

Cuando una se llama Dolly DAVIS y representa la gracia de la muchacha francesa en la pantalla, usa Taky; porque Taky libra los brazos, las piernas, la nuca de los aborrecibles pelo y vello que a veces afean la curva graciosa y perfecta de las formas juveniles.

TAKY es el único depilatorio de olor agradable que destruye el pelo hasta

la raíz y que no irrita la piel.

Pida a su perfumista la crema Taky suave y perfumada, o si Vd. lo prefiere, el agua Taky que destruye el pelo en tres minutos.

Crema, el tubo: Ptas 4.75
Agua, el frasco: Ptas 5.20

Concesionario:
A. GROLLER - BARCELONA



Studio Lorelle



SANGRE

PURA, RICA Y NUEVA

se consigue gracias a las acreditadas **PÍLDORAS DEPURATIVAS DEL Dr. SOIVRE**

Medicamento especial para combatir de una manera cómoda, rápida y eficaz el eczema, herpes, úlceras varicosas (llagas a las piernas), erupciones escrofulosas, eritemas, acné, urticaria, etc., enfermedades que tienen por causa u origen, humores viciados o infecciones de la sangre. Se ha dado al Depurativo del Dr. Soivre la forma de Píldoras, porque los Roobos, Jarabes, Elizires y todos los depurativos líquidos están compuestos de Alcohol, vinos fuertes y jarabes concentrados que disminuyen la acción depurativa, irritan el estómago, fatigan los riñones y debilitan todo el organismo. Así las Píldoras depurativas del Dr. Soivre, resultan el Depurativo Ideal, cómodas y agradables de tomar, digestivas y reconstituyentes generales; regeneran, enriquecen y renuevan la sangre, aumentando con ello todas las energías del organismo; fomentan la salud y resuelven rápidamente todas las úlceras, llagas, granos, forúnculos, supuraciones, caída del cabello, inflamaciones en general, etc., quedando la piel limpia y regenerada, el cabello brillante y copioso, no restando en el organismo huellas del pasado.

Exteriormente puede aplicarse la Pomada del Dr. Soivre, que calma al momento la inflamación y abrevia el tratamiento de las manifestaciones molestas de la piel.

Venta a 6'60 ptas. el frasco de Píldoras depurativas del Dr. Soivre y a 3 ptas. el tubo de Pomada, en las principales farmacias de España, Portugal y América.

NOTA.—Dirigiéndose y enviando 0'25 ptas. en sellos de correo para el franqueo a Oficinas Laboratorio Sókatarg, calle del Ter, 16, Barcelona, recibirán gratis un librito explicativo sobre el origen, desarrollo y tratamiento de estas enfermedades.

URINARIAS

LO MAS EFICAZ,
CÓMODO, RÁPIDO,
RESERVADO
Y ECONÓMICO

(AMBOS SEXOS)

Sin lavajes, inyecciones ni otras molestias, y sin que nadie se entere, sanará rápidamente de la blenorragia, gonorrea (gota militar), cistitis, prostatitis, leucorrea (flujos blancos de las señoras) y demás enfermedades de las vías urinarias, en ambos sexos, por antiguas y rebeldes que sean, tomando, durante unas semanas, cuatro o cinco CACHETS COLLAZO por día. Calman los dolores al momento y evitan complicaciones y recaídas. Pidan folletos gratis a Farmacia Collazo, Hortaleza, 2, Madrid. Precio: 17 pesetas.

LEA USTED LOS DOMINGOS

CRONICA

30 CÉNTIMOS EL EJEMPLAR

Conservas

TREVIJANO

10 PALABRAS:
PESETAS 4,15

SECCION DE ANUNCIOS TELEGRAFICOS

CADA PALABRA MAS:
40 CÉNTIMOS

AVICULTORES: Alimentad vuestras aves con huesos molidos. Sorprendentes resultados. Molinos especiales suministra Matths, Gruber, Bilbao. Catálogos gratis.

APRENDA usted desde su casa Contabilidad, Cálculo, Ortografía, Caligrafía, Taquigrafía, Mecanografía, Correspondencia, Organización, Publicidad, etc., por los acreditados métodos por correspondencia de la Academia Cots. Rosellón, 148, Barcelona. Pídanos folleto explicativo gratuito.

AVICULTORES. Torre Casoliba, Alella (Barcelona). Propietario: Gran Gérard, Caballero del Mérito Agrícola. Todas las ga-

linas y todos los conejos de razas, huevos y polluelos; pedir catálogo.

Para anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas», Avenida Pi y Margall, 9, entlo.

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

EL diario «La Publicidad»—el primer rotativo de Granada y el de más circulación—es indispensable para la propaganda en Andalucía, donde circulan miles de ejemplares.

GOMAS higiénicas, catálogo gratis. Sirvo provincias. Casa Neverrip, Tetuán, 42, Madrid.

POR un real extirpará radicalmente callos, durezas, verrugas, etcétera, usando el patentado Ungüento Morrith. Puebla, 11, La Central de Específicos.

POSTALES felicitaciones moda. Brillo, Cartas, Almanaques lujosos. Brillo rosado. Marca PD. Dümmatzen, Barcelona, Tetuán, 4.

PARA HACERSE AMAR locamente. Dominar a los hombres, conquistar a las mu-

ieres. Mandad sello de 0,30 y recibireis «La Llave del amor». Librería S. Pons, Buenavista, 11, Barcelona.

Para anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas», Avenida Pi y Margall, 9, entlo.

Si le interesa el mercado de Asturias, anúnciese en «Región», diario moderno y de gran circulación. Apartado 42, Oviedo.

TAQUIGRAFIA, por Martín Ezla. Redactada forma que hace innecesario profesor. Quinta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37, Madrid.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

PRENSA GRAFICA

(S. A.)

HERMOSILLA, 73
Apartado 571 MADRID

TARIFA DE SUSCRIPCIONES:

MUNDO GRAFICO

Aparece todos los miércoles

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:

Un año 15,-
Seis meses 8,-
Tres 4,-

Francia y Alemania:

Un año 23,-
Seis meses 12,-
Tres 6,-

América, Filipinas y Portugal:

Un año 16,-
Seis meses 9,-
Tres 4,50

Para los demás Países:

Un año 30,-
Seis meses 16,-
Tres 8,-

CRÓNICA

Aparece todos los domingos

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:

Un año 15,-
Seis meses 8,-
Tres 4,-

Francia y Alemania:

Un año 23,-
Seis meses 12,-
Tres 6,-

América, Filipinas y Portugal:

Un año 16,-
Seis meses 9,-
Tres 4,50

Para los demás Países:

Un año 30,-
Seis meses 16,-
Tres 8,-

NOTA.—No tendrán derecho a recibir los números extraordinarios que se editen nada más que los suscriptores por un año, como mínimo.

EDICIONES ELEGANTES Y MODERNAS

NÚMEROS
EXTRAORDINARIOS DE
PERIODICOS,
REVISTAS,
TARJETAS POSTALES,
CATALOGOS,
FOLLETOS, ETC.

Con los procedimientos gráficos modernos (los que mejor responden a las nuevas tendencias del arte), usted aumentará el encanto y la belleza de sus publicaciones, así como también la eficacia de todos sus impresos de propaganda. Tratándose de grandes tiradas, no inferiores a 10.000 ejemplares, en nuestros talleres le haremos toda clase de impresos artísticos, modernos y de refinado buen gusto, tanto en huecograbado como en tipografía

CONSULTE
POR CARTA O
POR TELEFONO A

PRENSA GRAFICA

S. A.

HERMOSILLA, 73. - MADRID

Apartado 571 Teléfonos 57885 y 57884



NAVAJAS-AFEITAR

MARCA



DE CORTE SUAVE
NO IRRITAN EL CUTIS

FRIEDR. HERDER & S.
SOLINGEN - ALEMANIA

SENOS

Desarrollados, Reconstituidos, Hermosos, Fortificados con las **Pilulas Orientales** el único producto que en dos meses asegura el desarrollo y la firmeza del pecho sin perjudicar la salud. Aprobado por las notabilidades médicas.
J. RATIE, farm., PARIS.
El frasco con folleto plus 9. — Deposito general para España: **RAMON SALA, c. Paris, 174, Barcelona.**
Venta en Madrid: Gayoso, Arana 2. En Barcelona: Segala, Ferrer. — Y todas principales farmacias.

el anuncio de ★

mundo gráfico

★ es el más eficaz

La REGLA

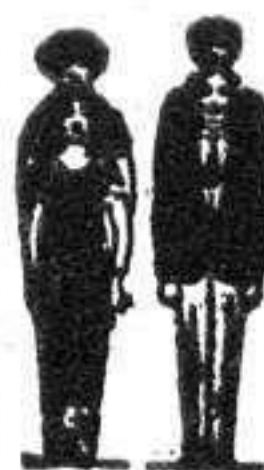
SUSPENDIDA POR CUALQUIER CAUSA, VUELVE SIN PELIGRO CON

PILDORAS FOREDAL ★

LA FORMULA MAS MODERNA • RECHAZAR IMITACIONES

FRASCO 10 PESETAS
VENTA EN FARMACIAS

REEMBOLSO 10'75 PTS. •
LABORATORIOS FOREDAL. GIJON (ASTURIAS)



¿Quiere V. crecer 8 centímetros?

Lo conseguirá pronto a cualquier edad con el grandioso **CRECEDOR RACIONAL**. Procedimiento único que garantiza el aumento de talla y el desarrollo. Pedid explicación, que remito gratis, y quedaréis convencidos del maravilloso invento, última palabra de la ciencia.

Dirigirse a D. Joaquín Lloris, Sucesor del Profesor Albert. Pi y Margall, 36, Valencia (España)

Teléfonos de Prensa Gráfica, S. A.: 57885-57884

TALLERES DE PRENSA GRAFICA, S. A., HERMOSILLA, 73, MADRID

(Printed in Spain)



“¡Viva la rebaja de los alquileres!”

(Un interesante reportaje en este número)

Han gritado todos los vecinos de las casas populares

(Fot. Video)